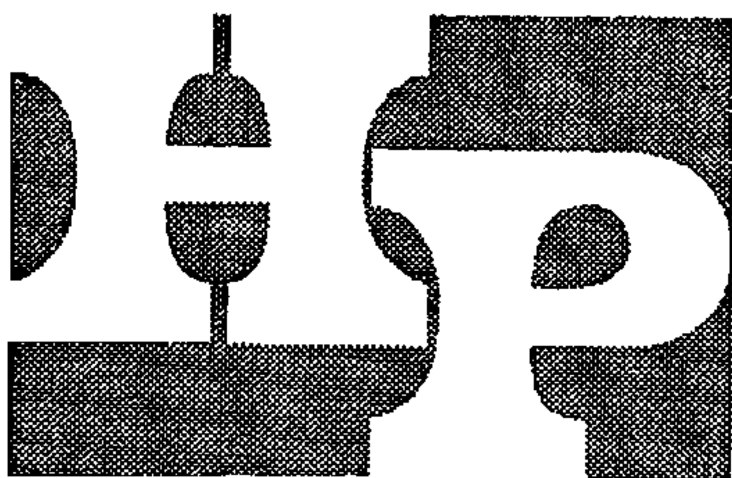


BOLSILIBROS BRUGUERA

Silver Kane

JINETES EN LA NIEBLA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

JINETES EN LA NIEBLA

Coleccion
HEROES DE LA PRADERA n.º 135
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA , S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito Legal B . 20.845 - 1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: julio, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

CAPÍTULO PRIMERO

Los había visto muchas veces entre la niebla. Eran tres, siempre los mismos: Jim, Clark y Madison.

Jim, con sus ropas siempre negras. Clark, con aquellos extraños mechones rubios que parecían cruzarle la cabellera de parte a parte. Madison, con sus ojos grises y su mirada perdida en el vacío.

Los tres, siempre los mismos.

Oía el trotar de sus caballos y luego veía sus figuras difuminadas entre la niebla. Los tres jinetes se acercaban a ella, mirándola, hasta detenerse a corta distancia.

Entonces ella, Lorna, lanzaba un grito.

Un grito de angustia, de asombro, de pánico indescriptible.

Entonces los tres jinetes parecían difuminarse, parecían ir borrándose poco a poco, hasta desaparecer tragados por la niebla.

Ahora Lorna lanzó el grito.

Había visto a los tres jinetes, y estaba segura de que esta vez se lanzarían sobre ella. Había visto claramente los ropajes negros de Jim, el mechón rubio de Clark, los ojos grises de Madison.

La niebla lo envolvía todo. Los jinetes se acercaban pausadamente. Estaban ya apenas a doce yardas.

Fue en ese momento cuando Lorna lanzó el grito, sintió que todo daba vueltas en torno suyo y cayó hacia atrás, mientras se llevaba las manos a la crispada garganta.

El grito fue oído desde el interior de la casa, que estaba a muy poca distancia.

Era una casa de dos pisos, grande, un poco sombría, sobre cuya pared lateral, edificada en piedra, trepaban varias grandes enredaderas.

La puerta se abrió.

Un hombre de media edad, con los cabellos parcialmente blancos, dejó recortar su figura en el umbral y parpadeó al darse cuenta de que la niebla lo envolvía todo.

Hacía una noche quieta, silenciosa y siniestra, una de esas noches en que uno se pone a soñar en brujas sin saber exactamente por qué.

El hombre miró en torno suyo.

Tardó casi un largo minuto en darse cuenta de la presencia de la mujer desmayada, y entonces él mismo lanzó un grito también.

La mujer estaba quieta y parecía muerta. Diríase que la habían acuchillado.

El hombre llegó hasta ella, tomó su mano izquierda con movimientos febriles y comprobó que el pulso seguía latiendo aún. Era evidente que la mujer no estaba muerta, sino sólo desmayada. Además, no había rastro alguno de sangre.

Con expresión consternada, el hombre miró otra vez en torno suyo. No se veía absolutamente nada a unas yardas más allá. La niebla era como un sudario gris que envolvía el mundo entero.

Cuando el hombre iba a recoger a Lorna en sus brazos para llevarla al interior de la casa, la muchacha recobró parcialmente el sentido. Sus ojos se dilataron con expresión de horror.

—Los jinetes… —balbució—. Los jinetes…

—¿Qué ocurre, Lorna?

La voz del hombre era cariñosa y suave. Diríase que hablaba con su propia hija.

—Los jinetes entre la niebla…

—¿Otra vez?

La expresión del hombre se cargó de desesperanza. Era evidente que no creía a Lorna. Por la expresión de sus ojos se advirtió claramente que pensaba estar en presencia de una visionaria.

—Vamos adentro, Lorna. Te sentará bien un trago.

—Pero ellos están aquí… ¡Están aquí!

El hombre tragó saliva. Miró delante de él hacia la cortina impenetrable formada por la niebla.

—Sí, Lorna, estaban aquí pero ya se han ido. Anda, vamos adentro. Repito que te sentará bien un trago.

La muchacha hizo un débil signo afirmativo y se dejó conducir

hacia la casa, aunque andando por su propio pie. A la luz difusa que salía por la puerta abierta de par en par, fue posible ver el rótulo que campeaba sobre la entrada:

«Hotel de la ruta de Oregón»

Dentro, el ambiente era acogedor, discreto y limpio. El suelo estaba formado por tablas limpias e incluso enceradas. Las lámparas de petróleo funcionaban a toda intensidad, es decir no había un solo quinqué que no estuviera encendido. Al fondo, en una chimenea de piedra, ardían unos cuantos leños.

Lorna no se tranquilizó sin embargo ante aquel ambiente, aunque le era familiar y se sentía a gusto en él.

—Por favor, cierre la puerta.

El hombre lo hizo, e instantáneamente la niebla se disipó, como si jamás hubiera existido en el mundo.

Lorna pareció más tranquila.

Sus facciones incluso adquirieron un poco de color cuando dijo:

—Gracias, muchas gracias.

Desde mitad de las escaleras que llevaban al piso superior, dos vaqueros la contemplaban. Era evidente que se trataba de huéspedes de los que ocupaban las habitaciones altas, los cuales, habían sido sorprendidos a punto de acostarse, pues uno de ellos incluso calzaba solamente una bota, y el otro iba en camiseta.

—¿Necesita algo, señor Johnson?

—¿Qué le ha ocurrido a Lorna?

Johnson, pues así se llamaba el hombre que había salido a buscar a la muchacha, les dirigió una sonrisa.

—No, no necesitamos nada, muchas gracias. Lorna se ha desmayado fuera, pero ya se encuentra muchísimo mejor. ¿No es verdad, Lorna? Vamos, acuéstense.

Los dos hombres obedecieron, aunque era evidente que el contemplar desde allí a la chica les interesaba más que meterse en sus frías camas. Lorna se había dejado caer sobre uno de los sillones y no se daba cuenta de que su hermoso busto subía y bajaba agitadamente, al compás de la respiración, ni de que sus piernas se mostraban pródigamente bajo la falda, que llevaba descuidadamente doblada a la altura de las rodillas.

Cuando quedaron solos, Johnson miró a la chica, que seguía con los ojos cerrados y respiraba con dificultad.

—¿Un trago?

—Bu… bueno.

Lorna bebió con avidez el vaso de *brandy* que Johnson le ofrecía. Casi al instante se sintió mejor.

Durante algunos instantes, sin embargo, reinó entre ambos el silencio, hasta que Lorna se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Se han ido?

—¿Quiénes?

—Esos tres hombres. Los jinetes de la niebla.

Johnson arqueó los labios, pero ella no lo notó.

—Sí, se han ido.

—Gracias a Dios…

—¿Por qué te preocupas tanto por ellos, Lorna? ¿Por qué les tienes ese miedo?

—¿Cómo no voy a tenérselo? Se me aparecen casi constantemente. Y después de lo que hice con ellos…

—¿Qué hiciste?

—Los maté a los tres.

La extraña frase quedó algunos minutos flotando en el aire, mientras Johnson se servía a su vez medio vaso de *brandy*. Era evidente que lo que acababa de decir Lorna le inquietaba, pero no lo demostró.

—Si es que tú los mataste, Lorna —dijo suavemente—, no tienen por qué aparecer delante de esta casa. Compréndelo.

—Pero vienen… ¡vienen! Precisamente porque están muertos me dan miedo. ¿Cree que los temí cuando estaban vivos? ¿Cree que temblé entonces, al hacerles saltar por los aires? Pero es ahora, ahora, cuando les tengo miedo… Cuando aparecen flotando entre la niebla…

Johnson arqueó una ceja.

—Yo he mirado muy bien todo aquello, Lorna.

—¿Y…?

—No había nadie absolutamente. Todo eso son figuraciones tuyas, que tú debes olvidar. Yo creo que…

—¡Miente! ¡Usted miente como todos, Johnson! ¡Usted sabe que esos jinetes, están aquí! ¡Usted sabe que me acorralan para

vengarse…!

La voz de la muchacha iba adquiriendo más volumen, y sus facciones se alteraban. El hombre comprendió que, si seguían por aquel camino, ella llegaría a sufrir una nueva crisis de nervios.

—Claro que yo no miento, muchacha… ¿Por qué había de hacerlo? Pero ahora te conviene dormir… Has de estar muy cansada.

Ella se llevó una mano a los ojos.

En efecto, estaba tan agotada que no podía tenerse en pie. Cada vez que la niebla envolvía la casa sentía que se le cortaba la respiración, y eso le producía una fatiga superior a cuanto ella misma pudiera imaginar.

Balbució:

—Sí, es cierto… Debo descansar.

—Ve a tu habitación. Diré a la señora Thompson que te acompañe.

Se puso en pie y llamó:

—¡Señora Thompson…!

Una vieja de facciones inexpresivas, que parecían modeladas en pergamino, apareció por una puerta lateral.

—¿Qué ocurre, señor Johnson?

—Acompañe a Lorna a su habitación, y no se separe de ella hasta que esté dormida.

—Bueno, señor Johnson.

Lorna y su acompañante desaparecieron por la misma puerta lateral, y Johnson quedó solo, procediendo a cargar pensativamente una pipa. No había tenido tiempo de encenderla del todo aún, cuando los dos vaqueros de la vez anterior descendieron por las escaleras, cargados todavía uno con su bota y el otro con su camisa.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Gruñó Johnson.

—Lo hemos oído todo desde arriba. Cualquiera entraba en la habitación a dormir, después de la que se ha armado.

—Esa chica está aterrorizada —dijo el otro.

—Desde luego —concedió Johnson.

—¿Qué le ocurre?

—Ella cree haber matado a tres hombres hace algunos meses.

—¿Dónde?

—Justo al otro lado del territorio, en el norte de Oregón.

—¿Y qué hacía ella allí?

—¿Yo qué sé? Yo no pregunto nada a mis huéspedes —masculló Johnson—, mientras paguen religiosamente como ella hace. Por otra parte, no creo que Lorna hiciera nada malo —añadió—. Lo único que pasa es que se cargó a tres tíos, pero algún motivo tendría, digo yo.

Los dos vaqueros se acercaron más aún, movidos por una curiosidad que ya no intentaban disimular de ningún modo.

—¿Y cómo se los cargó?

—Según parece, hizo volar con explosivos la habitación donde ellos se encontraban.

—¡Diantre!

—¡Pues sí que es de fiar esa tal Lorna! ¡Y parece una mosquita muerta!

—Insisto en que algún motivo tendría —la defendió Johnson.

—¿Y qué ocurre ahora con aquellos tres hombres?

—Ella insiste en que se le aparecen, montados los tres en sus caballos.

—Pero no debe ser cierto, claro.

—No, desde luego que no.

Y Johnson añadió lentamente:

—Sólo los ve cuando hay niebla.

—¿Qué quiere decir?

—Hay mucha gente que ve cosas entre la niebla. La niebla es misteriosa por naturaleza —murmuró Johnson—. Mucho más misteriosa y extraña que la noche misma. ¡Diantre! ¡Y aquí, en este rincón del sur de Oregón, hay niebla tantas veces! No me extraña que a ella se le alteren los nervios. Lorna, cuando se presentó aquí, dijo que venía para descansar, porque éste era un sitio tranquilo, pero lo de hoy ya ha ocurrido un par de veces más. Nunca tan fuerte, sin embargo.

Terminó de encender la pipa y añadió:

—Hala, váyanse a dormir. Según me han dicho, mañana tienen que reemprender el viaje hacia el territorio de Washington.

—Pero no tenemos sueño… Oiga, Johnson, ¿y si lo que ha dicho esa chica fuera verdad?

—¿Verdad? ¿Qué clase de verdad?

—Si fuera cierto que tres jinetes a los que ella conoce aparecen

entre la niebla.

—¡Bah, paparruchas!

—¿Por qué no lo comprobamos?

—¿De qué modo? ¡Infiernos, no me digan que están dispuestos a salir a estas horas! ¡La niebla lo llena todo!

—Pero la chica nos cae simpática. ¿Y si dijera la verdad?

Johnson suspiró con cansancio.

—También es tontería, la verdad… Pero está bien, vamos a comprobarlo. Vístanse y sacaremos los caballos.

Los dos hombres obedecieron, y quince minutos más tarde se perdían entre la niebla. Hicieron una investigación que a ellos les pareció perfecta, pero sin encontrar absolutamente nada. Hacia la medianoche regresaban desalentados.

Ahora ya estaban absolutamente seguros de que los tres jinetes de la niebla no habían existido jamás, salvo en la imaginación de Lorna.

CAPÍTULO II

El hombre que se presentó al día siguiente en aquella cantina del camino, llevaba las ropas cubiertas de polvo y tenía aspecto de haber realizado un largo viaje. Parecía tener la garganta seca y llena de arena, porque se apoyó en la barra, apenas entrar, y pidió:

—Cerveza… Quiero tres o cuatro galones para mí solo. Dadme pronto cerveza fría o empiezo a disparar.

El dueño de la cantina, un indio canadiense, no se sorprendió. Estaba acostumbrado a aquellos tipos que de vez en cuando entraban allí lanzando alaridos, y que sólo empezaban a calmarse después de beber la tercera jarra de cerveza. En el fondo, no eran peligrosos. Bastaba darles de beber, y por eso él procuraba tener siempre llena de barriles la fría y húmeda bodega, donde en invierno el agua llegaba a helarse con facilidad.

—Tome, forastero —dijo, poniéndole delante la primera jarra.

Mientras bebía, observó:

—Usted viene del norte.

El forastero, un tipo de unos treinta y cinco años, alto y fuerte, con barba de varios días, miró en torno suyo antes de responder. Pero sólo vio dos tipos bebiendo calmosamente al otro lado de la barra.

—Sí, vengo del norte —dijo—, desde casi la frontera con Washington. ¿En qué se nota?

—En el polvo de sus ropas. Es más oscuro el del norte que el del sur. Aquí precisamente cambia.

—Muy bien… Los indios sois muy listos. ¡Otra jarra!

Cuando se la sirvieron bebió con avidez, y sólo luego empezó a sentirse más calmado.

—Vengo buscando a una chica —declaró.

—¿Para qué?

—Ése es asunto mío.

Los dos hombres que había al fondo se acercaron con curiosidad.

—¿De qué chica se trata? Puede que nosotros la conozcamos, amigo.

—¿Vienen del sur?

—Ujú. Y nos dirigimos hacia el norte, o sea, que hacemos la ruta opuesta a la que usted ha llevado.

El forastero les envolvió en una mirada de hielo y carente por completo de expresión.

—Les pagaré bien si me hacen ese servicio.

—No queremos dinero. Sólo ocurre que lo de la chica nos ha llamado la atención. Depende, naturalmente, de para qué quiere encontrarla.

—Es una cosa honrada.

—¿Sí?

—Completamente honrada. Cuestión de matrimonio.

—Bueno, entonces le ayudaremos si es posible. ¿Sabe, al menos, cómo se llama la chica?

—Lorna.

Los dos hombres —que eran precisamente los que la noche anterior habían estado con Lorna y con Johnson— se miraron con un temblor de párpados. Parecían no comprender.

Pero había algo que no les gustaba, y era precisamente la mirada de hielo de aquel desconocido.

—¿La conocen o no? —preguntó éste.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro… amigo.

El desconocido arrugó la frente, mientras apartaba con suavidad la jarra de cerveza que aún estaba al alcance de su mano.

—Ustedes la conocen y la han visto. Les advierto que no admito engaños, amigos. Si quieren seguir viviendo, más vale que suelten lo que tienen en el buche.

—No la hemos visto.

—¡Diablos, hablen de una maldita vez! ¡Quiero saber dónde está esa mujer; enseguida!

Los dos hombres se miraron de nuevo. La indignación había

hecho enrojecer sus rostros.

—¿Es que vamos a tener miedo de un solo hombre? —gritó uno de ellos.

Llevó la mano derecha a su revólver, y los acontecimientos se precipitaron.

En un instante, con una frialdad increíble y una puntería asombrosa, el desconocido los había matado a los dos, tirando sin vacilar al centro de sus cabezas.

Luego pagó lo que había bebido y salió lentamente del local.

Ya sabía qué camino tomar. Tenía que seguir en dirección sur, de donde habían venido aquellos dos hombres.

Capítulo III

Johnson tendió a Lorna, a través de la mesa, una taza de café bien cargado, mientras le dirigía una sonrisa.

Lorna no había salido del hotel desde tres días antes, desde que se produjo aquella extraña escena. Durante todo ese tiempo estuvo quieta y como atemorizada, sin querer ver a nadie. Pero ahora ya parecía ir sintiéndose mejor.

Johnson pidió:

—¿Por qué no bebes? Esto te sentará bien. Necesitas animarte; todo lo que te sucedió no fue más que una pesadilla.

Lorna bebió apenas un sorbo de café, y luego miró hacia la lejanía, hacia el horizonte cortado por una cadena de montañas.

Esta vez no había niebla; al contrario, el paisaje estaba bañado por un radiante sol. Cualquier idea de misterio se disipaba ante aquel día maravilloso en el que todas las cosas, todos los objetos parecían entonar un canto a la vida.

—Ya ves que ahora no debes temer nada —susurró Johnson—. No hay niebla, y los que entienden dicen que no la habrá en algún tiempo. Nos esperan unas noches claras y unos días de radiante sol.

—Sí, es cierto; eso he oído decir —musitó ella sin ningún entusiasmo.

Sus ojos estaban apagados y daba la sensación de que no miraban a ninguna parte.

—Debes olvidar lo de esos tres jinetes —insistió Johnson—. La verdad es que no te comprendo, Lorna. Te he tomado simpatía, y mi mujer también. Anoche decíamos que por qué no te quedabas en este hotel para siempre. Nosotros necesitamos una persona que nos ayude, y tú podrías hacerlo.

Lorna no contestó.

Su mirada seguía perdida en la lejanía, en los puntos donde algunas noches antes había creído ver a los jinetes entre la niebla.

—Claro —murmuró Johnson—, que para eso tendrías que quitarte las manías de la cabeza. Deberías comprender que no hay, y nunca ha habido, jinetes entre la niebla.

Ella le miró por primera vez aquella mañana. Sus labios intentaron sonreír débilmente.

—Sí… —dijo—. Tiene usted razón, señor Johnson.

Y en aquel momento, como si la mención a los jinetes entre la niebla hubiera significado una misteriosa señal, se vio dibujarse un puntito en la lejanía.

Era un hombre montado en un corcel bastante rápido. El puntito se acercaba rápidamente, hasta que fue posible distinguirlo con relativa claridad.

Lorna lo miró como obsesionada.

Diríase que aquel jinete solitario que llegaba traía a su memoria algún recuerdo espantoso y que hubiera deseado olvidar. ¡Un recuerdo que tenía clavado en su memoria, como una maldición!

Musitó:

—Alguien se acerca…

Y lo dijo con una voz tan extraña que Johnson se dio cuenta de que aquel jinete, incluso a la luz del día, le daba miedo.

—Tiene que ser un viajero. ¿Por qué te asustas?

—Por nada. No estoy asustada.

—Lo parece…

—No haga caso, Johnson.

El jinete, mientras tanto, resultaba ya perfectamente visible. Se trataba de un hombre joven, fuerte, que dominaba su corcel con una singular maestría. Iba bien armado, cosa que resultaba normal en aquellos parajes donde sólo de tarde en tarde se tropezaba uno con algún agente de la Ley.

Johnson y Lorna estaban en la planta baja, en un porche que había a la vera del camino. El dueño del hotel se adelantó hacia el hombre, que descabalgaba ya.

—Buenos días, amigo.

—Buenos días.

El recién llegado dirigió una rápida mirada a Lorna, y sus ojos relampaguearon.

Fue solo un momento.

La muchacha estaba tensa, quieta en su silla, sintiendo como si una mano fría se hubiera posado en su espalda.

—Buenos días, señorita —dijo el recién llegado.

Lorna se puso en pie.

Sin dirigir una sola mirada al hombre, corrió hacia el interior de la casa y desapareció en un instante, dejando tras ella una suavísima estela de perfume. Tras su desaparición, pareció como si el porche de la casa hubiera quedado vacío y triste.

El recién llegado miró a Johnson.

—Extraña chica, ¿no?

—Sí, es algo extraña. Sufre unas leves pesadillas, pero completamente inofensivas. Yo estoy seguro de que pronto se curará.

—¿Empleada del hotel?

—No, una cliente.

—Me ha dado la sensación de que usted la miraba con mucho cariño.

—Le tengo simpatía, no puedo negarlo.

—Bien… —El recién llegado lanzó un suspiro, mientras palmeaba el cuello de su caballo—. Trátemelo bien, porque ha hecho una buena galopada. Yo también estoy muy cansado y me quedaré aquí un par de días a reposar, antes de proseguir viaje.

—Los días que usted quiera, amigo. Esto está bastante vacío aún, porque hace poco que comenzó el deshielo en los pasos de las montañas, y apenas nadie viaja.

Entraron en el vestíbulo, que a aquella hora tenía un aspecto muy alegre, al ser acariciado por los rayos del sol.

—Le daré la mejor habitación en el primer piso —ofreció Johnson—. Estoy seguro de que se sentirá bien aquí.

—Claro… Convencido de que sí, amigo.

El recién llegado se dirigió a su habitación. Johnson se dio cuenta de que llevaba las fundas muy bajas y los puntos de mira de los revólveres limados, como algunos pistoleros profesionales. ¿Pero qué importaba? ¿Quién no era una especie de pistolero profesional en aquella condenada tierra?

El forastero no salió de su habitación ni para comer. Lorna tampoco. Johnson se encogió de hombros, pensando que, al fin y al

cabo, cada uno hacía lo que le viniese en gana.

Poco podía imaginar Johnson que Lorna y aquel hombre se conocían. Que él había hecho un infernal viaje, a través de las montañas, sólo para buscarla.

La noche había caído y, en contra de lo que Johnson supuso, había niebla. Una espesa capa gris, descendiendo de las montañas, había cubierto la llanura.

Lorna, quieta en su habitación, sentada junto a la ventana, miraba aquel sudario gris llegar hasta la casa.

Mil pensamientos angustiosos la asediaban; mil presagios conturbaban su alma.

Le parecía oír entre la niebla los cascos de los caballos. Tenía la sensación de que las siluetas espectrales de los tres jinetes se recortaban cerca de la casa.

Y de pronto llamaron quedamente a la puerta.

La muchacha se puso en pie y abrió, creyendo que se trataba de Johnson.

Estuvo a punto de lanzar un grito al ver en el umbral al hombre que había llegado aquella mañana.

Aquel tipo alto, delgado, sinuoso, reía en silencio y socarronamente. Sus dientes, un poco amarillos por la nicotina, brillaban a la luz del quinqué.

Detrás de Lorna se veía la cama, y el hombre pareció asociar ambas imágenes. Su sonrisa se hizo más burlona y más ancha.

—¿Qué ocurre? —murmuró—. ¿A qué viene tanto susto?

—¡Vete! —Silabeó Lorna, conteniendo sus deseos de gritar—. ¡Vete inmediatamente!

—¿Es que ya no quieres a tu amado Percy?

—Mi amado Percy no es más que un canalla…

Intentó cerrar la puerta, pero él había puesto el pie. Su suave y odiosa sonrisa se iba haciendo más y más ancha.

—Quieta, muchacha, quieta…

Como ella intentaba forcejear para cerrar la puerta, Percy le dio un brutal empujón y la arrojó encima del lecho. Lorna cayó de una forma muy poco correcta, y sus piernas quedaron al aire. Durante algunos segundos, los ojos de Percy brillaron como los de un obsesionado.

Cerró la puerta a su espalda, dio vuelta a la llave y la guardó en

el bolsillo, para que Lorna no pudiese huir.

Luego avanzó lentamente, mientras ella le miraba can ojos de gacela asustada, acorralada, perdida.

Las manos del hombre parecían modelar la figura de Lorna, acariciando el aire.

—¡Vete! —Volvió a silabear ella—. ¡Vete de una maldita vez!

—¿Por qué? —susurró él suavemente, haciendo más ancha su sonrisa—. ¿Es que ya no quieres a tu maridito, Lorna?

Capítulo IV

El *sheriff* descabalgó ante el hotel, seguido de su ayudante. Los dos tenían las facciones contraídas y parecían inmersos en una gran preocupación.

«¡Ni que hubiera venido a vivir con ellos la suegra! —pensó Johnson al verlos—. ¡Menuda cara traen!».

El de la estrella se acercó a él.

—Hola, Johnson. Vaya nochecita, ¿eh?

—Sí, cargada de niebla. ¡Y yo que creí que ahora las noches estarían despejadas durante bastante tiempo!

—Ya sabes que por aquí no se puede uno fiar. La niebla atraviesa los pasos de las montañas y llega hasta la llanura. Pero no he venido a hablar de eso, Johnson.

—¿Ocurre algo, *sheriff*? ¿No quiere tomar un trago?

—Hablaremos mientras lo tomo.

Los tres hombres se instalaron en el vestíbulo, que a aquella hora estaba vacío. Cuando tuvieron cada uno de ellos un vaso de *whisky* en la mano el *sheriff* empezó a hablar.

—Han matado a dos hombres en la cantina que está a unas millas de aquí, Johnson. Habían sido huéspedes tuyos.

—Di… diablos… Los recuerdo perfectamente porque había buscado con ellos las huellas de unos jinetes entre la niebla. ¿Y dice que los han matado?

—Sí, en la cantina. Según parece se habían parado allí a beber algunas copas.

—¿Quién ha sido?

—Un hombre solo. Y cara a cara.

—¿Un hombre solo? Resulta extraño, porque ellos parecían unos magníficos tiradores.

—Es que el que los ha matado es un pájaro de cuenta. Se trata de Percy, un pistolero profesional que ha actuado hasta ahora en el territorio de Washington. Es un tipo alto, más bien delgado, joven, que tiene, según dice, una sonrisa cínica. ¿Lo has visto tú por aquí, Johnson? ¿Ha llegado algún viajero solo?

Johnson tragó saliva.

No le gustaba tener jaleos en su establecimiento, pero no le quedaba más remedio que ayudar al *sheriff*.

—Sí, uno —musitó.

—¿Qué nombre ha dado?

—Ninguno. No me ha parecido bien preguntárselo. Ha dicho que quería descansar.

—¿Qué aspecto tiene?

—Más o menos el que dice usted, *sheriff*.

—¿Puedo verlo?

—Lo llamaré si le parece. ¿Pero lo conoce usted?

—No lo he visto nunca —declaró el *sheriff*—. Sin embargo, me gustará echarle el ojo encima.

—De acuerdo, voy a llamarle. En este momento no tengo más que dos huéspedes, una muchacha llamada Lorna y él. Puedo llamarles a los dos preguntando si quieren cenar, y procuraré hacerles bajar aquí.

—De acuerdo; nosotros te cubriremos las espaldas si es que ocurre algo, Johnson.

Johnson subió.

Un minuto después golpeaba con los nudillos, quedamente, en la habitación de Lorna.

Percy, que ya iba a arrojarse sobre la aterrorizada muchacha, miró con ira hacia la puerta. No podían haberle interrumpido en un momento peor para él.

Los ojos de Lorna se iluminaron. Se consideró salvada.

—Abre a quién sea —bisbiseó Percy—. Y di de una condenada vez que estamos juntos aquí porque, somos marido y mujer.

—No lo diré.

—Te juro que…

—¿Vas a armar un escándalo, Percy?

Los susurros no debían oírse desde el otro lado de la puerta. En ésta volvió a sonar la llamada.

—¡Abre!

—No querrás armar un escándalo ahora… —insistió Lorna, mirando al fondo de los ojos de Percy—. Sería peor para ti.

Percy movió el puño a unas pulgadas del rostro de Lorna, que seguía indefensa y tendida en el lecho.

—Si intentas algo te acordarás, muchacha. Te acordarás para toda la vida.

Se pegó a un lado de la puerta, e hizo una seña a Lorna para que abriese.

Ésta obedeció. La puerta, al abrirse, ocultó por completo el cuerpo de Percy.

En el umbral se recortó la figura de Johnson.

—Buenas noches, Lorna. ¿No quieres cenar?

—Po… ¿por qué?

—¿Qué te pasa? ¿Estás alterada? Lo más natural del mundo es cenar a estas horas, ¿no?

—Bueno… —Lorna se mordió el labio inferior—. Desde luego, voy a bajar enseguida.

—También avisaré al nuevo huésped.

Lorna volvió a morderse otra vez el labio inferior.

—Me ha parecido oírle antes por el pasillo. Quizá no esté en su habitación.

—Probaré.

—Yo ya bajo ahora —se apresuró a decir Lorna.

Descendió a la planta baja como una gacela. Sus movimientos tímidos, de muchacha asustada, impresionaron al *sheriff* y a su ayudante, quienes se dijeron que nunca habían visto una muchacha tan hermosa.

Instantes después bajaba Percy.

Sus facciones permanecían inescrutables, a pesar de que se daba cuenta del peligro que corría. Sonrió al ver a los dos agentes de la Ley, como si sintiese una gran alegría al encontrarse con ellos.

—Vaya, qué sorpresa tan agradable… —musitó—. Cenaremos en compañía…

El *sheriff* le miró al fondo de los ojos.

—¿Cómo se llama usted, amigo?

—Morton.

—¿Tiene algún documento?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Buscamos a un hombre, y aunque no es probable que sea usted, debemos asegurarnos. Por favor, muestre sus documentos.

Percy, sonriendo, lo hizo.

Llevaba documentos, muy bien falsificados, a nombre de Morton. Sabía que no le atraparían por allí, pero tuvo la precaución de no alejar en ningún momento las manos de sus revólveres.

El *sheriff* examinó los papeles, los remiró cien veces y al fin pareció quedar convencido.

—Perdone, señor Morton.

—No debe disculparse. Yo comprendo muy bien lo que son esas cosas. ¿A quién buscan?

—A alguien que ha matado a dos hombres.

—Sí que están las cosas movidas por aquí… Yo creí que éste era un terreno tranquilo.

—Hay temporadas de todo —el *sheriff* se puso en pie—. Con su permiso, vamos a marcharnos.

—¿Ya nos dejan? ¿No quieren cenar con nosotros?

—Lo siento, hemos de seguir buscando. Ese individuo tiene que estar en alguna parte.

—Claro… Sigan buscando, amigos, sigan… Ya se dice que el que busca y el que guarda, siempre halla.

Su sonrisa seguía siendo burlona. Era la sonrisa de un hombre seguro de sí mismo que ponía enferma a Lorna.

Se daba cuenta de que Percy no abandonaría su presa. De que no cejaría hasta hacerla suya, fuese como fuere.

Cuando los dos agentes hubieron desaparecido, la señora Thompson sirvió la cena. Johnson se sentó a la mesa con ellos y a pesar de que intentó animar la conversación, fue la cena más triste y amarga que Lorna recordaba en todos los días de su vida.

No sabía si decir a Johnson la verdad, huir o ponerse a llorar. Pero pensó que contárselo todo a Johnson quizá sería lo peor, porque Percy no vacilaría en eliminarlo si le molestaba.

Se retorcía las manos por debajo de la mesa, desesperada, mientras Percy seguía mirándola burlonamente.

¡Era insoportable aquella sonrisa, aquella odiosa expresión triunfante de sus ojos!

Al fin Lorna se puso en pie.

—Buenas noches —dijo tímidamente—. Me voy a descansar.

—Yo también —dijo Percy, sin preocuparse de disimular ya demasiado—. También estoy ansioso por descansar esta noche…

Y subió las escaleras, detrás de Lorna, con la agilidad y el ansia de un lobo.

CAPÍTULO V

Hizo lo que había hecho la primera vez.

Remeter el pie en el umbral de la puerta de Lorna, de modo que ésta no pudiera cerrarla, y reír socarronamente ante la turbación de la muchacha.

Lorna estaba desesperada.

Se daba cuenta de que no podría resistir demasiado ante aquel gigante, y se daba cuenta también de que ahora nadie vendría a ayudarla. El *sheriff* y su ayudante se habían marchado; en cuanto a Johnson, no podría hacer nada aun cuando ella gritase, pues Percy se limitaría a quitarlo de en medio con un solo disparo de revólver.

El hombre dijo entre dientes:

—Vamos, nena, no seas tan arisca.

Le dio un empujón, como la vez anterior, y arrojó a Lorna al centro de la estancia. Esta vez ella tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no caer sobre el lecho, que era lo que Percy quería.

De todos modos, el pistolero se acercó lentamente, tras cerrar a su espalda. Se sentía tan seguro de sí mismo que ni por un instante dudó de que iba a conseguir sus propósitos.

—Más vale que no opongas resistencia, Lorna.

—Gritaré… ¡Gritaré si me tocas, maldito!

—¿Y quién iba a acudir en tu auxilio?

—Johnson, el dueño del hotel. ¡Y él llamará al *sheriff* si es preciso!

Percy sonrió con aquella suficiencia que lo hacía particularmente odioso, mientras se quitaba poco a poco los cintos con los revólveres para sentirse menos molesto.

—Muy bien —dijo—, llámale ahora mismo. Llámale si quieres, y así quedarás más tranquila. ¿Pero qué vas a decirle? ¿Qué intento

abusar de ti? ¿No sabes que ante la Ley somos marido y mujer?

Lorna se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

La desesperación la corroía.

Se daba cuenta de que él decía la verdad, y de que legalmente tenía derecho a exigir que nadie le echase de aquella habitación. Percy era su esposo ante la Ley, y, por tanto, en muchos sentidos, señor de su cuerpo y de su alma.

De nada le serviría gritar, suplicar, pedir con lágrimas en los ojos que lo sacasen de allí.

Él tenía razón; él tenía, además, la fuerza.

Las manos ansiosas de Percy acariciaron su cuerpo.

La empujó lentamente hacia el lecho, que estaba solo a unos pasos de ambos.

—¡Déjame! ¡Déjame de una vez, maldito!

—Más vale que no te resistas, Lorna. Lo que tiene que suceder, sucederá.

La mano derecha fue hacia el rostro femenino.

Intentó acariciarlo con ansia, pero los sanos dientes de Lorna se clavaron con toda su fuerza en aquella carne aborrecida.

—¡Zorra!

Percy hizo ahora un gesto de rabia y movió la mano izquierda. Ésta se desplomó brutalmente sobre el rostro de Lorna, haciéndola caer hacia atrás. Lorna quedó cruzada en el lecho, mientras la sangre brotaba de sus labios rotos.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Eres mil veces peor que un perro sarnoso!

—Me gusta que me insultes. Estás más bonita así, nena.

Fue a saltar sobre ella, pero Lorna se dejó caer del lecho. Oyó la ronca maldición del hombre.

—¡Soy tu marido! No puedes…

De pronto Lorna se puso en pie.

Hizo algo muy extraño.

Llevaba una almohada en la mano, con la cual se acercó a Percy, hasta situarla a pocas pulgadas de su rostro.

—Te voy a dar una oportunidad, Percy. Aléjate de aquí y no vuelvas a mirarme. Yo haré lo necesario para que nuestro matrimonio se anule, pero si no te vas ahora lo lamentarás. ¡Juro que lo lamentarás!

Percy lanzó una carcajada.

A la luz del quinqué rebrillaron de nuevo sus dientes manchados de nicotina.

—¿Lo lamentaré…? ¿Es que me estás amenazando, muchacha? ¿Con qué? ¿Con una almohada?

Volvió a reír. La muchacha tenía los labios apretados, pero a pesar de todo, de ellos seguía goteando la sangre.

—La última oportunidad, Percy.

—¿Es que crees que me das miedo? ¿Qué vas a hacer? ¿Abrirme la cabeza con esa almohada?

—No volveré a insistir, Percy.

—¡Quita de ahí!

Percy fue a dar un manotazo a la almohada, más seguro que nunca de que ya todo estaba resuelto, pero Lorna hizo de nuevo otra cosa extraña.

Acercó la almohada hasta el rostro de Percy, casi apretándola contra él con toda su fuerza.

Las facciones de Percy se oscurecieron.

Bruscamente, demasiado tarde, había comprendido. En el último segundo estuvo a punto de gritar, pero ni para eso tuvo tiempo.

Sonó una detonación ahogada, más parecida al taponazo de una botella de champaña.

El ojo izquierdo de Percy adquirió un repentino color negro, y enseguida un violento color rojo.

Lorna le apretó la almohada contra la espantosa herida, para que no brotara la sangre. Inmediatamente la taponó.

Detrás de la almohada estaba el revólver con el que acababa de hacer el disparo. El humo salía ahora casi a chorro por el recién liberado orificio del cañón.

Toda la almohada estaba ennegrecida por la pólvora, y una parte de ella había comenzado a incendiarse. Lorna tuvo que sofocar con ambas manos las nacientes llamas.

Luego depositó el revólver en la funda de donde lo había sacado. El cinto-canana seguía en el suelo, donde lo había dejado Percy antes de iniciar su vil ataque.

Luego, temblando, la muchacha descubrió el rostro del hombre.

No había duda de que estaba muerto. La bala le había entrado directamente por el ojo izquierdo, perforándole el cerebro. Percy

sólo debió darse cuenta, como en un relampagueo, de que estaban terminando con él. Nada más. El disparo había sido de los que no perdonan.

Con las facciones espantosamente pálidas, como si ella también fuera una muerta, Lorna reflexionó sobre la situación.

Normalmente no hubiera tenido motivo para sentir el más mínimo temor, puesto que al fin y al cabo se había defendido contra alguien que intentaba abusar de ella. ¿Pero hasta qué extremo tenía ella derecho a defenderse contra su propio esposo? Percy, en cierto modo, no cometía delito alguno al asediarla. ¿Hasta qué punto era legítimo lo que ella acababa de hacer?

Bruscamente Lorna se sintió perdida.

El *sheriff* la perseguiría en cuanto se aclarase todo. No admitiría disculpas, y quizá, dada la salvaje ley que imperaba en Oregón, fuese condenada a la horca.

Lorna no podía ni respirar, tanta era su angustia.

Al fin tuvo una idea.

Nadie había oído el disparo, ahogado por la almohada, ya que en la casa seguía imperando el más absoluto silencio. Tampoco había brotado la sangre, excepto sobre la almohada. Si ella lograba ocultarla, nadie se daría cuenta de lo que realmente había sucedido.

Abrió la ventana y, reuniendo todas sus fuerzas, acercó el cadáver hasta allí.

Abajo, en la parte posterior de la casa, había una gran pila de tierra blanda.

El silencio seguía siendo absoluto.

Con un supremo esfuerzo, Lorna logró alzar el cuerpo y hacerlo resbalar por encima del alféizar. El cadáver de Percy, al caer, produjo solamente algo así como un leve chapoteo.

Luego Lorna arrojó la almohada.

Se convenció de que en la habitación no quedaba ningún rastro de sangre. Únicamente permanecían los dos revólveres, pero pensó que ya se encargaría de ocultarlos.

Segura de que nadie la veía, pasó también su cuerpo por encima del alféizar y se dejó caer. Tuvo que ahogar un grito cuando, con los pies, casi rozó el cadáver.

Pero inmediatamente se rehízo. Miró en torno suyo, a través de las tinieblas.

Sabía dónde encontrar lo que buscaba. En un cobertizo anejo a la casa había azadones y todo lo necesario para abrir una fosa.

Fue hacia allí, se hizo con una pala, en medio del más absoluto silencio, y regresó hasta el lugar donde se hallaba el cadáver.

Poco más allá había una zona de tierra yerma y bastante blanda, que probablemente no se tocaría en años y años. Como además aquel sitio estaba envuelto en la oscuridad, pensó que era el que más convenía a sus propósitos.

Sin amilanarse, empezó a cavar una profunda fosa.

La tierra estaba blanda, en efecto, pero aun así el cansancio la dominó al poco tiempo. Sus ojos, al habituarse a la oscuridad, le hacían ver que la fosa apenas adelantaba. Era un trabajo demasiado pesado para una mujer, un trabajo que se le iba haciendo insoportable por momentos.

Al fin pensó que podía ocultar el cadáver.

Lo arrastró hasta el fondo y empezó a cubrirlo. La espalda le dolía de tal modo que pensó no iba a poder resistir más. Pero había algo mucho peor que aquel cansancio.

Lo notó al alzar un poco la cabeza y mirar hacia el horizonte.

Estaba avanzando la niebla.

Una especie de masa gris había atravesado los pasos de las montañas y se esparcía poco a poco por el llano. Ahora debía estar ya a media milla escasa y avanzaba con mucha rapidez, empujada por un leve vientecillo que venía del norte. Lorna sintió que todos sus terrores de unos días atrás volvían a renacer en ella.

Incluso creyó percibir los ruidos de los cascos de los tres caballos que se acercaban.

¡Era horrible! ¡Era una sensación angustiosa, mucho más fuerte que ella misma!

Lorna aceleró su trabajo, deseosa de acabar cuanto antes, y al fin se aseguró de que la fosa quedaba bien llena. Pasó varias veces por encima, a fin de que la tierra quedara regularmente distribuida, y para mayor seguridad arrastró uno de los carromatos para ponerlo encima. De este modo llamaría mucho menos la atención.

A todo esto, la niebla ya la había envuelto.

El sudario gris ya la rodeaba por completo, haciendo que no pudiera ver a más de unos pasos de distancia.

¡La niebla! ¡La niebla entre la cual ella escuchaba el avance de

los tres jinetes!

Bruscamente le pareció oír el ruido.

Los cascos de los caballos resonaban sobre la tierra.

¡Estaban ya allí!

¡Eran los tres! ¡Eran Jim, Clark y Madison! ¡Sus figuras fantasmales se recortaban entre la niebla!

La muchacha cerró los ojos, creyendo sufrir una alucinación, y cuando los abrió de nuevo aquellos tres jinetes ya estaban prácticamente encima. Entonces lanzó un grito sordo, ahogado, de desesperación infinita, y cayó sin sentido a tierra.

CAPÍTULO VI

Johnson, el dueño del hotel, había empezado durmiendo mal aquella noche. Después de la marcha del *sheriff* le había parecido oír muchas cosas raras.

En primer lugar, ruidos furtivos en la habitación de Lorna, como si la muchacha estuviera discutiendo, e incluso peleándose con alguien.

En segundo lugar, un disparo.

¡Todo aquello era absurdo!

Luego golpes de azadón, como si estuvieran sepultando a alguien.

¡Más absurdo todavía!

Por fin creyó oír un grito, y entonces despertó.

Ahora sí que casi estaba seguro.

Un grito similar a los que lanzaba Lorna cuando creía ver los tres jinetes entre la niebla.

Johnson se puso en pie, procurando no despertar a su mujer, y se vistió apresuradamente lo mejor que pudo. Sin hacer ruido, salió al exterior y lo primero que vio fue a Lorna desmayada en el suelo, junto a la pila de tierra que había junto a su ventana.

Johnson hizo un gesto de inquietud, pero también de resignación.

Por lo visto, la muchacha había sufrido otra de sus crisis. Aquello no podía continuar.

Si seguía con aquellas fantasías irreales, un día le fallaría el corazón y… ¡al diablo!

Uno puede imaginar muchas tonterías, pero ver tres jinetes entre la niebla es algo que, la verdad, ya pasa de la raya.

Se inclinó sobre Lorna y le levantó suavemente la cabeza con

ambas manos.

—Vamos, Lorna… Otra vez te ha ocurrido eso. Tienes que convencerte de que son fantasías… ¡Fantasías solamente!

De pronto Johnson creyó percibir un rumor delante de él.

Levantó la cabeza.

Y quedó petrificado, atónito, sintiendo que los cabellos se le erizaban, porque frente a él acababan de aparecer tres jinetes. ¡Tres jinetes entre la niebla!

Decir que Johnson quedó boquiabierto es decir poco.

Sencillamente la boca se le quedó cuadrada.

Por un momento creyó que él también sufría una alucinación, pero luego se dio cuenta de que todo aquello era realidad. Incluso percibía en su cara el belfo húmedo de los caballos.

—¿Qui… quiénes son ustedes?

—Nos llamamos Jim, Madison y Clark.

¡Jim, Madison y Clark! ¡Los mismos tres nombres que siempre había dado la muchacha!

Johnson creyó que iba a volverse loco, pero al fin se convenció de que todo aquello era la más pura realidad.

—¿Llevan mucho tiempo rondando por esta comarca?

—Algunos días.

—¿Conocen a esta mujer?

—Sí.

Hablaban alternativamente uno u otro, pero todos tenían la misma voz lejana y ronca.

—¿La buscaban?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es asunto nuestro.

En aquel momento Lorna empezó a recuperarse. Vio a los tres hombres y abrió unos ojos donde el asombro se mezclaba al más absoluto horror.

—Calma, calma… —musitó Johnson—. En cierto modo esto es para alegrarnos. Tú no sufrías ninguna pesadilla, sino que veías la realidad. Estos caballeros son Jim, Madison y Clark, Lorna. Por lo visto quieren hablar contigo.

Lorna se puso en pie con una sensación de vértigo. Al principio creyó que la muerte de Percy había sido descubierta, pero luego se

convenció de que el carromato continuaba en su sitio y que incluso nadie miraba hacia allí. Los tres jinetes, que ella había visto otras veces, estaban allí por distinta razón.

Ahora pudo verlos bien, amparada en la seguridad que le daba el sentirse junto a Johnson.

Eran jóvenes, hercúleos, y parecían hechos con el mismo molde. Los tres vestían de semejante modo y daban análoga sensación de fortaleza y de potencia.

Llevaban revólveres iguales. En tres fundas idénticas brillaban tres cuchillos.

Los rostros de aquellos tres hombres no inspiraban miedo, sino más bien una especie de instintiva simpatía, pero Lorna no se dejó ganar por ese sentimiento.

¿Por qué la habían estado observando durante días y días?

¿Por qué se le habían aparecido de repente, como tres fantasmas, para luego esfumarse entre la niebla?

—¿Qué buscan? —preguntó.

—¿Y aún dices eso?

Lorna se quedó sin respiración.

Todo aquello era más fuerte que ella, era un horror que difícilmente podía resistir.

Estaba segura de haber matado a aquellos tres hombres haciendo volar con explosivos la habitación en que se encontraban, y, sin embargo… ¡ahora estaban allí! ¡Ahora los tres seguían vivos y la hablaban acusadoramente!

—¿No es esto un hotel? —preguntó uno de ellos.

—Sí —balbució Johnson.

—Vamos a quedarnos aquí.

—No… no tengo habitaciones.

—Vamos, no diga tonterías, amigo.

—Les aseguro que…

—Paparruchas. Déjenos ver la casa.

Los tres descabalgaron casi al mismo tiempo. La sensación de potencia se acrecentaba al verlos de pie. Sus ojos —aquellos ojos que parecían llegados desde el otro mundo— dibujaron la silueta de la muchacha.

—Nos quedaremos muy pocos días —dijo uno de ellos.

—Causaremos pocas molestias.

—Pero queremos hablar urgentemente con un hombre —dijo el tercero—, un hombre que se aloja aquí.

—¿Quién? ¿Cómo se llama?

Lorna tembló. Ella supo qué nombre iban a pronunciar antes de que abriesen la boca.

—Se llama Percy —dijo el más alto de los tres hombres— y viene del norte. Ése es el tipo con el que estamos deseando hablar.

CAPÍTULO VII

Se produjo un intenso y extraño silencio.

Lorna oía los latidos de su propio corazón golpeándole alocadamente en el pecho. Notaba que el aire, contenido en sus pulmones, escapaba de ellos con un ronco estertor.

Johnson sonreía. La petición de aquellos tres hombres debía haberle parecido lo más natural del mundo.

—No sé si el hombre a quién buscan se aloja aquí —dijo—, porque la verdad es que no le he preguntado su nombre, pero tengo un huésped que muy bien pudiera ser él.

—¿Va a despertarlo?

—¿Por qué no hablan con él mañana? No creo que el asunto corra tanta prisa.

—No —dijo el más alto de aquellos hombres, con una sonrisa torcida—. Desde luego, podemos esperar.

Llevaron ellos mismos sus caballos a la cuadra y pidieron a Johnson tres habitaciones individuales. Johnson no puso inconveniente alguno. Durante aquellos minutos Lorna se mantuvo tensa, dominada por sus pensamientos, y sintiendo que el terror la dominaba hasta hacerla temblar toda entera.

Cuando regresó a su habitación, sin que ninguno de aquellos hombres le dirigiera una sola mirada, se derrumbó sobre el lecho sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Creía estar viviendo una alucinación.

Si repasaba lo ocurrido durante las últimas horas, tenía la sensación de ir a volverse loca.

He aquí que había matado a Percy y que su cadáver se descubriría tarde o temprano. He aquí que habían aparecido los tres jinetes que ella vio entre la niebla.

No eran una aparición.
Existían.
No los había matado cuando hizo volar con explosivos la habitación en que se encontraban. Los tres seguían viviendo, y llegaría un momento en que le pedirían cuentas.
No pudo cerrar los ojos en toda la noche.
Por su parte, Johnson tampoco logró conciliar el sueño, mientras daba vueltas y vueltas en su imaginación a los extraños sucesos de aquella noche.
Se daba cuenta, principalmente, de que Lorna no era una visionaria. Los tres jinetes habían estado merodeando en torno a la casa durante los últimos días, ocultándose cuando estaban a punto de ser descubiertos. ¿Pero por qué? ¿Por qué…?
Cuando el sol estuvo alto, se vistió y se presentó en el vestíbulo del hotel.
Los tres hombres ya estaban allí. Iban siempre juntos, al parecer, y ninguno de ellos hacía nada sin que también lo hicieran los otros. Ahora fumaban parsimoniosamente, y diríase que sus movimientos iban sincronizados.
A Johnson aquellos hombres le ponían nervioso. Adivinaba que traían consigo mil peligros a los que en este momento no hubiera sabido dar nombre.
Uno de ellos, el llamado Madison, saludó cortésmente:
—Buenos días. ¿Ha dormido bien?
—Perfectamente —dijo Johnson, aunque sus ojos cargados le desmentían—. ¿Y ustedes?
—Hemos dormido estupendamente. Igual que unos reyes. Por cierto, ¿se ha despertado ya Percy?
—Es extraño que no haya dado señales de vida. Voy a su habitación.
—Hágalo. Tenemos cierta prisa en hablar con él.
Cuando Johnson descendió al vestíbulo, cinco minutos más tarde, tenía las facciones pálidas.
—Es extraño lo que ocurre. Ese huésped no está en su habitación, y además la cama tiene aspecto de no haber sido tocada.
—¿No estará en la habitación de la señorita? —preguntó maliciosamente Jim.
—¿Qué dice?

—Vaya a comprobarlo.

Johnson, más perplejo cada vez, se encaminó a la habitación de Lorna. Ésta le recibió con cara de no haber dormido en toda la noche. Ni siquiera se había quitado las ropas.

—¿Qué ocurre, Johnson?

—¿Ha intentado molestarte ese tipo de la habitación de al lado?

—¿Cómo lo sabe?

—No… Es sólo una pregunta.

Lorna se estremeció al darse cuenta de que había cometido un grave resbalón. Pero trató de deshacer el mal efecto sonriendo con desenvoltura.

—Naturalmente, no lo he visto en toda la noche —declaró.

—Es que ha desaparecido.

—¿Y piensa que yo iba a tenerlo escondido aquí?

—No, claro que no… Pero en algún sitio he de preguntar. Se ha esfumado de la manera más extraña.

—No habrá querido pagar la cuenta.

—Es posible. Bueno, perdona, Lorna. Es que esos tipos de ahí abajo también están decididos a hablar con él.

Iba a alejarse cuando se dio cuenta casualmente de que, de las dos almohadas que había en la cama de Lorna, faltaba una.

—¿Te falta una almohada, Lorna?

—Sí… —La muchacha se pasó una mano por los ojos, como si recordase—. Se la arrojé esta noche por la ventana a un perro que ladraba demasiado. Seguramente abajo la encontrará.

—¿Un perro? ¡Qué raro! No he oído ladrar…

—Habrá usted dormido muy bien, Johnson.

Le cerró secamente la puerta en las narices, y Johnson no tuvo más remedio que alejarse. Se encogió de hombros mientras caminaba lentamente por el pasillo.

—A las mujeres no hay quien las entienda… —rezongó—. Y lo que es ésa va a acabar por volverme loco…

Una vez abajo se encontró con la mirada fija, espantosamente inmóvil, de los tres hombres.

Parecían tres estatuas que esperaran sus palabras. Pero tres estatuas siniestras, capaces de saltar en un momento dado… ¡para sembrar la muerte!

—¿No ha dado con él? —preguntó Clark.

—No. Es extraño, pero diríase que se ha escapado. Nunca me había ocurrido una cosa así.

—Entonces avise al *sheriff*.

—¿Por qué? No vale la pena.

—¿Sabe que ese hombre estaba reclamado?

Johnson se pasó una mano por los ojos, mientras otra vez volvía a su memoria lo ocurrido la noche anterior. Ahora empezaba a comprender por qué había venido hasta allí el *sheriff*.

—Preguntó por un hombre —dijo pensativamente—. Ahora me doy cuenta de que tenía que ser ése.

—¿Y qué va a hacer?

—En mi casa no ha cometido ningún delito.

—De todos modos, diga al *sheriff* que ha estado aquí. De ese modo ayudará a la justicia.

—Lo haré.

El dueño del hotel indicó a la señora Thompson que preparara el desayuno para los huéspedes, y él se fue a dar una vuelta por los alrededores a fin de tratar de hallar alguna huella de Percy.

No encontró nada.

Obsesionado como estaba por su idea fija, no se dio cuenta de que uno de los carromatos se encontraba fuera de su lugar habitual, ni de que la tierra bajo él parecía removida. Lo único que le extrañó fue no encontrar la almohada que Lorna decía haber arrojado.

En cambio, encontró a la propia Lorna.

Fue inesperado. Se la tropezó al doblar una de las esquinas del edificio.

Daba la sensación de que la muchacha le había estado esperando. Tenía los ojos enrojecidos y no sólo a causa de no dormir. Sus labios temblaban, a pesar de que ella hacía esfuerzos terribles por evitarlo.

—Señor Johnson…

—Hola, muchacha. ¿Qué te ocurre?

—Necesito hablar con usted.

—Ya lo veo… Da la sensación de que me habías estado esperando. ¿Pero qué te sucede?

—Esos tres hombres…

—¿Todavía sigues obsesionada por ellos? No hay motivo. Reconozco que su conducta es un poco extraña, pero parecen muy

pacíficos…

—Señor Johnson, ellos van a intentar llevarme consigo.

—¿Para qué?

—Usted no conoce mi historia. No puede comprenderlo.

—¿Qué historia?

Ella apretó un momento los labios, con angustia, como si le costara decidirse.

Pero al fin se resolvió a hablar.

Su rostro era una pálida máscara de color cuando dijo:

—Présteme unos minutos de atención, señor Johnson. Se la contaré.

CAPÍTULO VIII

En el silencio y la penumbra del granero, donde ahora se hallaban los dos, todo parecía distinto. El clima de intimidad parecía haber cambiado las cosas, pero sin embargo la muchacha sufría intensamente. Parecía como si le costara hablar, como si fuera incapaz de dar paso a los recuerdos de aquella etapa de su vida.

¡Una etapa tan amarga que, mientras duró, ella había deseado cien veces morir!

—Ahora puedes hablar —susurró Johnson—. Nadie nos escucha, y te juro que cuanto digas no saldrá de mí boca.

Ella se retorcía los dedos desesperadamente. Quería hablar, pero sus labios se negaban a obedecer. Cada vez que los abría, sólo un sonido inarticulado partía de entre ellos.

—Si no quieres hablar —murmuró al fin Johnson—, nadie te obliga a hacerlo.

—Es indispensable… Usted necesita conocer mi historia, si pretendo que me ayude.

—Entonces habla. Yo ya me había dado cuenta de que eras una muchacha asustada. ¿Pero qué ocurrió?

Ella cerró los ojos.

—Yo nací en Méjico —musitó al cabo de unos instantes.

—También había notado que hablas el inglés con acento un tanto raro. ¿Y qué? Sigue.

—Entre la frontera de Méjico y la de Estados Unidos existe un tráfico que muy pocas personas conocen.

—¿Pocas? —Johnson insinuó una sonrisa—. Eso lo conoce todo el mundo. Sin duda te refieres al contrabando de drogas, al de licores y al de armas para los indios.

—Hay otro peor.
—¿Cómo…?
—Otro muchísimo peor, Johnson.
—¿Te refieres a…?
—Sí, a la trata de blancas.

Los dos guardaron un momento de silencio, después de aquellas breves palabras.

Johnson estaba rojo.

Sólo el pensar que aquella muchacha podía haber sido comprada y vendida como una mercancía, le ponía literalmente enfermo.

Pero ahora ya necesitaba conocer toda la verdad, fuese cual fuere. Insistió:

—¿Quién se dedicaba a eso?

—Se dedica aún. Es un banquero aparentemente honrado llamado Kliment. Trabaja muy en grande.

—¿Qué quieres decir?

—Transporta mercancías consignadas a su nombre de un lado a otro de la frontera. Tiene establecimientos en todas partes, y nunca es registrado. En cada uno de sus carromatos hay siempre diez o doce grandes cajas, y puedo asegurarle que cuatro o cinco de ellas, al menos, contienen cargamento humano.

—¿Chicas?

Johnson estaba tan asombrado que no acertaba a dar crédito a sus oídos. De no contárselo una mujer como Lorna, no lo hubiese creído.

—Chicas —musitó ella—. Hay algunas que no han cumplido aún los diecisiete años. Esa edad tenía yo cuando fui raptada.

—¿Quieres decir que pueden atreverse a tanto…?

—En mi país, que ahora está devorado por el hambre y las revoluciones, todo es posible, Johnson.

—¿Y quién puede trasladar una chica dentro de un cajón a lo largo de millas y millas? ¡Eso es imposible! ¡La chica moriría!

—Sólo lo hacen al trasponer la frontera. Luego la sacan y la llevan custodiada. Ya no hay peligro.

—¿Quién os vigila?

—Pistoleros a sueldo de Kliment.

—¿Y ninguna ha intentado escapar?

—Muchas. Pero las que lo han hecho yacen enterradas en la

ruta.

—¿Sin haber podido hablar con nadie?

—Sin haber podido hablar con nadie.

La voz de la muchacha era tan baja, tan lenta y desesperada como si modulase una oración de difuntos.

Johnson sintió que habían nacido unas gotitas de sudor en su frente. Preguntó con voz temblorosa:

—¿A dónde las llevan?

—Bien lejos de la frontera, al otro lado de Estados Unidos. Así se pierde su pista.

—Comprendo.

—El nudo del negocio está situado muy cerca del Canadá. Nadie podría seguir una pista tan larga.

—¿Y… qué hay allí?

—Un saloon. Se llama «Kiss», y es muy conocido en toda la comarca, pero sólo entre la gente «chic», la que puede gastarse una montaña de dólares en un capricho. Las muchachas son encerradas y viven prácticamente prisioneras. Están todas a disposición de quien pueda pagar lo que míster Rambler exige.

—¿Quién es míster Rambler?

—El representante personal de Kliment. Un verdadero lobo que maneja el látigo como nadie y al que cierta vez vi matar a tres hombres con un solo cuchillo.

Johnson se estremeció, pues él era un hombre pacífico. Creyó sentir el frío del acero hasta el fondo de sus propios huesos.

Tembló al preguntar:

—¿Tú… tú corriste la misma suerte?

—Yo fui distinta.

—¿Por qué?

—Quizá era más joven… o más bonita que las otras. O quizá parecía más inocente. El caso fue que un pistolero muy conocido y con mucho dinero, llamado Percy, se encaprichó de mí, pero quiso tenerme en exclusiva, sin que nadie me mirara.

—¿Y qué hizo?

—Me compró a míster Rambler. Pagó diez mil dólares a la segunda noche de estar yo allí. Casi inmediatamente se suscitó la discusión con aquellos tres jinetes.

—¿Quiénes…?

—Los que están hoy aquí.

La voz de Johnson volvió a temblar.

—¿Los… mismos?

—Sí.

—¿Qué querían?

—Estaban dispuesto a pagar entre los tres mil dólares más que Percy. Se produjo un tumulto, y yo comprendí que podría escapar. Se les dijo que aguardaran en un almacén donde había explosivos. Percy, entretanto, fue a buscar refuerzos. Yo comprendí que tenía que desembarazarme de aquellos tres hombres como fuese, si es que quería huir, y… y me las ingenié para hacer volar el almacén.

A Johnson, en otras circunstancias, aquello le hubiera parecido demasiado, pero después de lo que acababa de contarle la muchacha, lo que ésta había hecho le pareció la mar de razonable.

—A continuación, pude huir —musitó ella—. Fue la fuga más dramática y amarga de mí vida entera.

—¿Por qué te has quedado aquí, Lorna? ¿Por qué no has continuado más lejos?

—El dinero se me estaba terminando… ¡y me sentía tan cansada! ¡Estaba tan destrozada después de huir y huir…!

—¿Percy vino en tu busca?

—Sí.

—Era el hombre que llegó ayer, ¿no?

—Exacto. Y además era… era mi marido. Un juez borracho nos casó en el mismo saloon. Al pagar diez mil dólares, la condición exigida ante el dueño fue la de que yo había de convertirme en la esposa de Percy.

A continuación, con lágrimas en los ojos, sin omitir detalle, le narró todo lo sucedido la noche anterior.

Johnson estaba como petrificado.

Su mandíbula era lo único que temblaba en él. Por lo demás parecía un muerto.

Las lágrimas resbalaban ahora, incontenibles, por las mejillas de Lorna.

—Dios mío… —susurró ella—. Dios mío…

—¿Qué podemos hacer ahora? —musitó Johnson—. ¿Cómo conseguiría salvarte, muchacha?

—Los peores son esos tres hombres… Me han perseguido hasta

aquí… Debe echarlos… ¡Debe echarlos antes de que sea demasiado tarde, Johnson!

Johnson fue a decir algo, pero en aquel momento sonó una voz:

—¿Quién habla de echarnos, preciosa?

Los dos volvieron sus rostros hacia la puerta, y estuvieron a punto de lanzar un grito.

Porque las figuras de los tres jinetes se recortaban allí, como si aún estuvieran difuminadas por la niebla.

CAPÍTULO IX

Los tres.

Igual que fantasmas, como espectros que acecharan desde las tinieblas y a los que resultase imposible vencer.

Jim, Clark, Madison.

Los tres hombres a los que Lorna creía haber matado para defender su honor, y que sin embargo ahora volvían a estar ante ella, amenazadores, obligándola a volver a un pasado cuyo solo recuerdo la hacía estremecer.

Fue Madison el que repitió:

—¿Quién hablaba de echarnos?

—Han oído mal —dijo Johnson con voz débil.

Luego, dándose cuenta de que su papel era muy poco gallardo, dijo en tono más altanero:

—Y además… ¿qué infiernos buscan aquí?

—Queremos llevarnos a la chica —murmuró Jim.

—¿A… dónde?

—Hay un sitio precioso cerca de la frontera del Canadá. Un sitio donde las chicas como Lorna tienen todo lo que quieren y lucen como merecen. Ninguno de nosotros comprende, la verdad, por qué se ha largado de allí.

Lorna ni siquiera era capaz de respirar. El cinismo de aquellos hombres la aterrorizaba. En cuanto a Johnson, se daba cuenta de que estaba perdido y de que no sería capaz de defender a la muchacha.

De todos modos, aún lo intentó.

—¿Se refieren a un saloon llamado «Kiss»?

—Justamente.

—No se la llevarán.

—¿Quién ha dicho que no? ¿Es que supone que vamos a hacerle algún daño?

—Esta muchacha está bajo mi protección. ¡He dicho que no se la llevarán y mantendré mi palabra!

Las sonrisas de los tres hombres eran espantosamente iguales. Los tres sonreían del mismo modo. Sus rostros no reflejaban el menor sentimiento cuando Madison dijo, hablando también en nombre de los otros:

—¿Va a impedir por la fuerza que nos la llevemos, compañero?

—Si es necesario, sí.

—Me gustaría probar su fuerza. Me hará muchísima gracia verlo caer, pequeño imbécil.

—No lo haga… —suplicó Lorna, mirando a Johnson—. Sé cómo son esos buitres porque los he visto actuar. Le matarán… Deje que me pase lo que me tiene que ocurrir, Johnson.

Johnson no estaba conforme.

De repente se sentía dispuesto a todo, decidido incluso a morir por salvar a aquella pobre muchacha de la peor infamia que con ella podían cometer los hombres.

A pesar de que no llevaba armas, se adelantó hacia los tres aparecidos y les habló con voz ronca:

—¡Váyanse! Saben perfectamente que el *sheriff* está cerca de este lugar. Puede llegar de un momento a otro y entonces acabará con los tres. ¡Sólo tienen una posibilidad de seguir vivos, y es la de salir huyendo!

Madison preguntó burlonamente:

—Lo dice por nuestro bien, ¿verdad?

—Por el bien de todos. No me gusta ver muertos en mi hotel.

—De acuerdo, Johnson, no llegará a verlos… ¡porque usted será el único en morir!

Lanzó una brutal carcajada mientras Johnson, ciego de ira, se arrojaba sobre ellos.

Clark lo recibió con un corto puñetazo al estómago.

Jim le golpeó el pómulo con la derecha, haciéndole saltar hacia una de las paredes del granero.

Madison lo envió de nuevo hacia sus compañeros, con un «crochet» a la mandíbula.

Y los otros dos lo acabaron rápidamente, con una veloz serie de

golpes al rostro y a la cabeza, mientras Lorna, ciega de horror, chillaba sin que nadie le oyese.

Cuando terminaron su siniestro trabajo, Johnson estaba inmóvil, con los brazos en cruz y el rostro cubierto de sangre.

Lorna, como presa de un ataque de histerismo, sollozaba en un rincón del enorme granero. Los sollozos hacían que su hermoso busto subiera y bajara tentadoramente.

Los ojos de los tres hombres se clavaron en ella. Se clavaron como zarpas, como garfios de hierro. Fue Madison el que habló también esta vez.

—No te preocupes, no le hemos matado.

—Es igual que si lo hubierais hecho… Sois tan miserables y tan canallas que… que…

Su voz se rompía al hablar. Su garganta era incapaz de contener los sollozos.

—Se recuperará dentro de media hora como máximo —siguió diciendo Madison—, y entonces le parecerá que no ha sucedido nada. Un hombre fuerte aguanta esas cosas con facilidad. Entonces empezará a gritar y a llamar al *sheriff*, pero nosotros ya estaremos lejos.

—¿Es que vais a llevarme con vosotros?

—Por descontado, *mademoiselle* —dijo suavemente Clark.

—El rapto de una mujer está condenado en este territorio. Se castiga siempre con la horca.

—Ya lo sabíamos. Y no puedes imaginarte lo que eso nos asusta.

Lorna comprendió que era inútil luchar. Aquellos buitres harían con ella lo que quisiesen, e incluso no vacilarían en reducirla por la fuerza si era necesario. El cuerpo inanimado de Johnson era un buen ejemplo de lo que podía suceder.

Apretó los labios. Una inesperada y casi solemne dignidad apareció en su semblante, en su cuerpo entero.

No se rebajaría ante aquellas víboras. No les daría encima la satisfacción de oírla implorar piedad.

—Vamos —dijo—. Llevadme adonde queráis.

—Así se habla —dijo Madison.

—Da gusto tratar con señoras como tú —sonrió Jim.

—Señorita —corrigió altivamente ella.

—Ah, sí, señorita… ¿Pero no eres viuda ya, Lorna? ¿No has

liquidado a tu querido esposo Percy?

La muchacha tuvo de pronto una sensación de vértigo.

—¿Lo habéis descubierto ya?

—Nosotros descubrimos todo lo que nos interesa. Incluso vimos cómo lo enterrabas, muñeca.

—Percy merecía eso.

—No decimos lo contrario. Si no lo llegas a matar tú, lo hubiéramos liquidado nosotros.

La escoltaron hasta la cuadra —eso sí, sin rozarla— y sacaron sus caballos. Estaba también allí el animal con el que Lorna había llegado hasta aquel perdido lugar del mundo, huyendo del «Saloon Kiss». Ahora el caballo estaba nervioso y con ganas de correr, después de tantos días de descanso.

—Sube —ordenaron.

Lorna lo hizo. No se llevaba nada, ni siquiera un vestido para cambiarse. ¿Pero qué importaba eso? ¿Qué era lo que iba a necesitar en el infierno hacia el cual la llevaban ahora?

Nadie acudió en su ayuda. La esposa de Johnson no se había dado cuenta de lo ocurrido, y en cuanto a la señora Thompson, la única sirvienta del hotel, en aquel momento debía estar en la parte posterior del edificio. Lorna fue sacada de allí con tanta facilidad como si fuera a hacer un viaje de placer en compañía de aquellos tres tipos.

Tampoco se veía rastro del *sheriff*.

Todo había sido tan fácil para Jim, Clark y Madison que la muchacha sintió como una náusea.

Pero nada podía hacer. No le quedaba más remedio que seguirles.

Y por la noche, apenas atravesar las montañas, se vieron envueltos por una espesa capa de niebla.

No se veía apenas a unas yardas, y era peligroso atravesar aquellos desfiladeros por bien que se los conociese. Seguramente ésa fue la razón de que Madison, quien parecía ser el jefe de los tres jinetes decidiera hacer alto.

—Acamparemos esta noche aquí. Me parece que, si seguimos por estas rocas, nos exponemos a que alguno de nuestros caballos se rompa una pata.

—De acuerdo.

—Ése parece ser un buen sitio. Hay un poco de hierba y un riachuelo. ¿Qué te parece, Lorna?

Ella le miró sorprendida.

—¿Es que yo puedo elegir?

—Claro… Queremos llevarte al «Kiss» en las mejores condiciones posibles, nena.

—¿Os van a pagar mucho por mí captura? —preguntó ella con desprecio.

—Una pequeña fortuna.

Lorna no contestó.

¿Qué la importaba ya todo lo que sucediese? ¿Qué más le daba que aquellos buitres cobrasen mil dólares o no cobrasen nada?

Lo que temía era otra cosa.

Lo que la horrorizaba era pensar que aquellos tres hombres, en la soledad de la noche y de la niebla, pudieran darse cuenta de que era joven y hermosa.

Lorna se daba cuenta de que eran capaces de todo, de la peor infamia, y eso la horrorizaba. Sólo pensarlo le daba mucho más miedo que la propia muerte.

Pero aparentemente nada iba a suceder. Los tres hombres prepararon el campamento. Una pequeña fogata fue encendida, y su resplandor pareció disipar la niebla.

Lorna se mantuvo quieta a cierta distancia, junto a un raquítico árbol, extrañada de que no la atasen.

Sin duda los tres granujas tenían tanta confianza en sus fuerzas que ni siquiera se les había ocurrido que ella pudiera atreverse a huir.

Cenaron frugalmente, sin cambiar más que unas pocas palabras, y luego Madison se acercó a la muchacha.

A Lorna siempre le había llamado la atención aquel tal Madison; mucho más que sus dos compañeros.

¿Era porque Madison tenía la mirada más dulce a veces? ¿Era quizá porque en alguna rara ocasión le había visto sonreír?

Lorna no hubiera sido capaz de decirlo.

Pero Madison era, sin duda, el jefe de los tres, lo que le acreditaba como el granuja más grande de todos ellos. No podía fiarse ni un solo momento; seguramente era el peor.

El joven —pues Madison debía tener unos veinticinco años— se sentó junto a ella y le ofreció tres cosas: un plato de frijoles fritos con tocino, una cantimplora con agua y un pocillo lleno a rebosar de café oloroso y caliente.

—Toma; tu cena.

—No quiero probar nada.

—Has de alimentarte, ¿no?

—¿Para qué? ¿Para que tenga mejor aspecto al llegar a aquel antro de asesinos?

—Al menos debes comer para conservarte viva. Sería una tontería que tú misma provocaras tu muerte.

—No puedo buscar la muerte porque mi religión me lo prohíbe, pero eso no impide que la esté deseando.

Madison se encogió de hombros, mientras a sus labios asomaba una estrecha sonrisa.

—La muerte llega cuando menos lo esperamos, Lorna, y es igual que la hayamos estado temiendo o la hayamos estado deseando. Además, ¿sabes qué te digo…? Siempre hay que tener confianza. Si tú estás fuerte y en situación de poder resistir cualquier cosa, a lo mejor logras escaparte. Si estás débil, no andarás media docena de pasos.

El razonamiento era de lo más insospechado, porque parecía como si Madison mismo le hablara de la posibilidad de fugarse. Pero tales palabras tuvieron la virtud de convencer a la muchacha.

Ésta le miró intensamente al fondo de los ojos.

¿Qué había en la expresión de Madison? ¿Era un hombre capaz de tener sentimientos? ¿O era, por el contrario, un cínico que se estaba burlando de ella?

Lorna bebió un largo sorbo de agua, sin dejar de mirarle, y luego tomó el plato.

Comió lentamente, a pesar de que el hambre la torturaba, y luego tomó de entre las manos del joven el café que ya se había quedado casi frío.

Las manos de Lorna rozaron un momento las de Madison.

Un pensamiento loco pasó por el cerebro de la joven.

¿Y si pudiera confiar en él? ¿Y si Madison no fuese, al fin y al cabo, tan malo como parecía?

Ella había oído hablar de forajidos que en un momento dado se

arrepentían de serlo. Había oído hablar de hombres fuera de la Ley que de pronto realzaban un sublime sacrificio para volver a merecer el aprecio de sus semejantes.

¿Y si Madison fuera uno de ellos? ¿Y si por casualidad pudiese confiar en él?

—¿Por qué habéis encendido una hoguera? —susurró, intentando iniciar una conversación—. ¿No tenéis miedo de que el *sheriff* de con vuestras huellas?

—El *sheriff* no nos perseguirá. Conocemos esto mejor que él, y además nos favorece la niebla.

—La niebla es como vuestra aliada, ¿verdad?

—Siempre nos ha gustado.

—¿Creéis tener la misma suerte hasta que lleguemos al «Saloon Kiss»? ¿No se os ha ocurrido pensar que los hombres de la Ley pueden caer sobre vosotros?

—Yendo hacia el norte, el terreno cada vez se hace más difícil —declaró Madison con indiferencia—. La niebla es muy espesa al atardecer en esta época del año. Prácticamente un *sheriff* dispone de muy pocas horas útiles al cabo del día para perseguirnos. Lo más fácil es que pronto abandone, dándose cuenta de que no conseguirá nada.

—Pero yo le conté a Johnson cuál es el sitio a que me lleváis —murmuró ella, mientras terminaba su café—. Johnson lo explicará al *sheriff*, y pronto se sabrá lo que ocurre en el «Saloon Kiss». Pronto habrá mucha gente interesada en destruir ese miserable mercado de carne humana. Dentro de quince, de veinte días tal vez, todo el peso implacable de la Ley caerá sobre vosotros.

Madison rió silenciosamente.

Parecía muy seguro de sí mismo, y, sin embargo, Lorna hubiese jurado que aquella risa no tenía nada de alegre.

—Allí está todo muy bien organizado —dijo un momento después—. El propio gobernador tiene una participación en el negocio, de modo que no hará nada para perseguir a Kliment, el dueño de aquel establecimiento, ni a Rambler, su encargado principal. Más vale que te acostumbres a la idea de que nada va a cambiar, muchacha. Todas tus esperanzas se desvanecerán en cuanto llegues allí.

Lorna apretó los labios, mientras el café formaba en su garganta

como una bola espantosamente amarga.

¿No era aquello una invitación a la huida? ¿No quería decirle Madison que debía intentar salvarse mucho antes de que llegaran a las inmediaciones del «Saloon Kiss»?

Cuando le devolvió el pocillo vacío, sus dedos volvieron a rozarse suavemente.

Lorna se atrevió a sonreír por primera vez en mucho tiempo.

Y tuvo la sensación de que, a través de la niebla, Madison sonreía también.

CAPÍTULO X

Lo intentó pasada la medianoche, precisamente cuando Madison estaba de centinela. Lorna, que no había pegado un ojo, se dio cuenta de que, de pronto, él abandonaba su puesto y se perdía entre la niebla.

¿No era aquello una invitación? ¿No querría Madison indicarle con ello que debía aprovechar la ocasión para huir?

Conteniendo la respiración, sintiendo que la angustia la dominaba, pero dueña al mismo tiempo de una increíble serenidad, la muchacha empezó a deslizarse lentamente entre la hierba.

No se oía ni un ruido. La niebla espesa la protegía. Sabía que no podría hacerse con ningún caballo, pero a la mañana siguiente, cuando se dieran cuenta de su desaparición, quizá ya ella estaría muy lejos.

Habían sido tontos al no atarla. Ella ya había huido una vez, y conseguiría hacerlo otra.

Cuando estaba ya a unas veinte yardas del improvisado campamento, se atrevió a ponerse en pie.

¡Ahora había llegado el momento de correr! ¡Ahora necesitaba de toda la fuerza de sus piernas!

Bruscamente estuvo a punto de lanzar un grito.

Acababa de tropezar con alguien. Unos brazos ansiosos rodearon su cuerpo. Unos labios ardientes besaron sus labios durante unas décimas de segundo que, sin embargo, a ella le parecieron tan intensas como para marcar su vida entera.

¡Era Madison! ¡Madison, que se unía a ella!

—Lo esperaba —susurró Lorna—. Sabía que podía confiar en ti... Y ahora salgamos de aquí... ¡Salgamos, por el amor de Dios!

Pero de pronto la voz de Madison sonó ronca, lejana,

indiferente:

—¿Qué esperabas, muchacha? ¿Creías que iba a ayudarte?

Para Lorna fue como si le hubieran dado un golpe en pleno rostro. De pronto el mundo pareció vacilar bajo sus pies. Todo empezó a dar vueltas en torno suyo.

Madison llamó:

—¡Eh, Clark, Jim! ¡Esta imbécil quería escaparse!

Lorna cayó de rodillas, a los pies de Madison, clavándose las uñas en su propia carne, ciega de humillación y de dolor, mientras su garganta rompía en sollozos.

CAPÍTULO XI

¡La frontera del Canadá!

Allí, en el norte del territorio de Washington, a dos pasos de la salvación si las cosas se ponían mal para sus dueños, estaba el establecimiento llamado «Kiss Saloon», o «Saloon del Beso». Allí estaba el último destino de Lorna.

La muchacha lo miró con los ojos entornados, mientras una amargura muy honda le subía desde el fondo del pecho.

El «Kiss Saloon».

Una especie de rancho a la entrada de los grandes bosques que marcaban la frontera. Pero no era un rancho como todos, sino tres lujosos edificios que hubieran hecho palidecer de envidia a un millonario. Uno de ellos se destinaba a oficinas y a viviendas de los empleados y pistoleros al servicio de Kliment; el segundo, que era el más lujoso, a sala de fiestas y a habitaciones de esparcimiento donde las muchachas como Lorna sufrían lo que para ellas era algo peor que la muerte; el tercer edificio estaba destinado a almacén de géneros, cuadra y lugar para guardar los carruajes de los que llegaban hasta allí, pues al «Kiss Saloon» solamente se acercaba gente rica y distinguida.

Desde lo alto de la pequeña colina que dominaba el panorama, Lorna lo contempló.

Detrás de ella estaban los tres hombres, los tres monstruos que la habían llevado implacables hasta allí.

Lorna no había vuelto a cambiar una palabra con ellos desde la noche de su fracasada fuga. Se había negado también a comer. Ahora estaba pálida y demacrada, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, mientras contemplaba el punto final de su trágico destino.

El «Kiss Saloon», el imperio de Kliment y de su brutal

lugarteniente Rambler.

Hundió la cabeza.

—Hermoso espectáculo, ¿verdad? —preguntó Madison, que era el que se hallaba más cerca.

—Preferiría ver mi propia tumba.

—No te desanimes. A lo mejor te entierran ahí.

—¡Miserable!

Madison lanzó una carcajada, que fue coreada por sus dos compañeros. Lorna sintió que la sangre acudía a su cabeza e intentó escupir sobre ellos, pero ni eso consiguió. Estaban a demasiada distancia.

—Vamos, abajo —decidió Clark—. Supongo que el propio míster Kliment nos estará esperando.

—¿Es que le has avisado? —preguntó Madison.

—Claro que sí. Puse un telegrama desde el último punto en que encontramos oficina de telégrafos. El texto era sencillamente éste: «Venimos con mercancía». Supongo que él habrá comprendido muy bien lo que queríamos decir.

Las lágrimas asomaban a los ojos de Lorna. El lenguaje brutal de los tres hombres la hacía estremecer.

Pero era ya inútil intentar cualquier cosa. Estaba bien cogida en la trampa y ya no podría escapar de ella.

Madison golpeó en las ancas de su caballo, para obligarlo a trotar. Los cuatro descendieron colina abajo.

En el saloon había pocas luces, quizá porque ya estaba a punto de amanecer. Las juergas más importantes habrían terminado ya a aquella hora. Lorna imaginó a las muchachas demacradas saliendo de las habitaciones, y a los diligentes camareros —que eran pistoleros también— recogiendo las últimas botellas y apilando los vasos. Una pesada atmósfera hecha de humo de tabaco y efluvios de alcohol se extendería por las grandes salas. Rambler repasaría en su despacho la contabilidad de la jornada, teniendo quizá sobre las rodillas a alguna de sus chicas favoritas. Y Kliment, el jefe supremo, si es que estaba allí, le acompañaría fumando uno de aquellos monumentales habanos de los que no se separaba nunca.

Todo este ambiente, que Lorna había conocido en sólo dos noches de estar en el local, le producía tal angustia y tal sensación de náusea que la muchacha estuvo a punto de caer del caballo.

Pero ya llegaban.

Ya estaba otra vez inmersa en aquel mundo infernal del que creyó haber escapado para siempre.

Una luz se encendió de repente en el porche principal.

Una figura corpulenta se recortó a aquella luz, caminando pesadamente. Parecía la figura de un hombre muy satisfecho de la vida, y Lorna reconoció a Rambler. Era un tipo excesivamente grueso y ya muy poco ágil, pero que conservaba una fortaleza de gorila. Pelear cuerpo a cuerpo con él, era hacer oposiciones a la muerte.

Rambler vio acercarse a los cuatro jinetes y sonrió satisfecho.

Cuando descabalgaron se acercó a ellos, haciendo oscilar de un lado a otro su voluminosa tripa.

—Hola, Madison. Habéis tenido éxito, ¿eh?

—Sí, señor Rambler.

—¿Y tú, palomita, qué? ¿Contenta de haber vuelto al hogar?

Llevó su derecha hacia el cuerpo de Lorna, en una, atrevida caricia que la muchacha rehusó echándose hacia atrás con la velocidad de una gacela asustada.

—¡No se atreva ni a rozarme, canalla!

—Caramba con la niña… Has venido en son de guerra, ¿eh? Muy bien, no te preocupes porque ya te quitaremos los humos enseguida. Mañana mismo empezarás a actuar.

—¡Antes tendrá que matarme!

—Puede que lo haga, preciosidad. Y ahora… ¡adentro!

Esta vez consiguió alcanzarla y le dio un brutal empujón, haciéndola pasar de golpe al otro lado del porche. Lorna voló materialmente y tuvo que colgarse de uno de los batientes para no caer.

Rambler lanzó una brutal carcajada.

—Muy pronto cambiará de actitud, ya lo veréis. Bueno, muchachos, vosotros podéis pasar también. Aparte de que se os pagarán bien vuestros servicios, por el momento os invito a unas cuantas copas. Debéis tener las gargantas resecas.

—Están como el desierto Mojave, señor Rambler —dijo Madison —. Un poco de riego no les vendrá mal.

—Pues adentro.

Cuando pasaron al interior del lujoso saloon, parte de cuyas

lámparas aún estaban encendidas, vieron que Lorna había pasado bajo la jurisdicción de una de las matronas que se encargaban de las muchachas recién venidas. Lorna, destrozada moral y físicamente, ya no oponía resistencia a nada. Aquella mujer haría que se bañase, le proporcionaría bonitas ropas y la obligaría a tomar alimento. Cuidaría de Lorna con amabilidad, pero también de una manera inflexible, hasta que la muchacha fuese requerida para bajar al saloon.

Uno de los camareros puso en la barra vasos y dos botellas de *whisky* de la mejor calidad.

—A vuestra salud, compañeros —rió Rambler, brindando.

Todos bebieron en silencio.

—¿Está el jefe aquí? —preguntó Jim, al cabo de unos instantes.

—Sí, está aquí. Ha venido porque la verdad es que lo de esa chica le preocupaba. Aquí estamos apoyados por el mismísimo gobernador, como sabéis, pero una mujer dispuesta a hablar pudo habernos hecho mucho daño. Ahora se siente más tranquilo y él mismo os entregará la recompensa.

Madison hizo un gesto vago, mientras bebía nuevamente.

—¿Qué prisa hay? Ya nos fiamos de él. Nos entregará la recompensa mañana por la noche.

—Estamos reventados —masculló Jim.

—Y sólo queremos —remachó Clark— acostarnos con un par de botellas de éstas, una a cada lado.

Rambler lanzó una carcajada.

—Por mí podéis hacerlo. Y gracias por vuestra confianza, muchachos. Se os pagará hasta el último níquel.

Entregó a cada uno un enorme cigarro habano, y luego se largó por la puerta principal.

Pero antes de atravesarla, estuvo a punto de tropezar con un tipejo pequeño, escuálido, el cual vestía de negro y llevaba en la derecha una escoba.

—¿No ves dónde pones los pies? —bramó Rambler, iracundo.

—Pe… perdone, señor.

—¿Tú eres uno de los que trabajan en la limpieza?

—Sí… sí, señor.

—Pues ya puedes largarte. Quedas despedido, pero no de cualquier manera. Vas a salir de aquí… ¡de este modo!

Y le propinó en las posaderas un brutal puntapié que hizo lanzar al hombrecillo un grito de dolor. Rambler aún tenía una fuerza descomunal, por lo que no es de extrañar que el escuálido personaje saliera proyectado más allá de los batientes de la entrada.

Ninguno de los tres hombres, testigos de aquella miserable escena, dijo una sola palabra.

¿Qué les importaba a ellos lo que ocurriera con aquel hombrecillo que parecía no haber comido desde dos semanas antes?

CAPÍTULO XII

Habían transcurrido algo menos de veinticuatros horas. La noche había vuelto a caer sobre los terrenos en que se asentaba el «Kiss Saloon».

Pero esta noche todo parecía distinto.

Por el hecho de que el dueño absoluto —Kliment— se encontraba allí, todas las luces estaban encendidas, y todos sus atractivos desplegados al máximo. El licor corría, y las salas de juego —otro de los negocios nada desdeñables de Kliment— funcionaban a toda presión. Una docena de bailarinas se turnaban incansables en el escenario del saloon, actuando con los bailes más provocativos y alegres de su repertorio. Las chicas reclutadas en todos los Estados de la Unión, e incluso muchas de ellas más al sur de Río Grande, paseaban por entre la numerosa clientela, que pronto las hacían objeto de sus especiales preferencias.

Los clientes habían llegado desde lugares muy distintos, atraídos por la fama de aquel saloon que estaba situado en un punto tan poco normal como era la ruta de las montañas. Tramperos procedentes del Canadá se codeaban con hacendados mejicanos que estaban haciendo largos viajes de placer, y con rancheros y politicastros que nadaban literalmente en oro. No había allí distinción, pero sí riqueza, que era lo que interesaba a un hombre como Kliment.

Había conseguido hacer de su local uno de los mejores negocios de Estados Unidos, y ahora sólo le faltaba una buena carrera política para consolidar toda aquella fortuna. El puesto de gobernador del territorio —a pesar de que oficialmente era muy amigo del que ahora ocupaba aquel cargo— entraba dentro de sus ambiciones y de sus proyectos.

Pero aquella noche Kliment, mientras chupaba uno de sus fenomenales habanos, pensaba en algo más.

Pensaba en Lorna, aquella fierecilla que ya había huido una vez, poniéndole en un grave aprieto.

Una deliciosa chiquilla, en verdad. Una mujercita capaz de hacer perder la cabeza a cualquier hombre.

Kliment sonrió complacido.

¿Qué se oponía a que él fuera el primero en gozar de su compañía? Aquella chica ya había proporcionado muchos disgustos, y Kliment quería empezar a saber cómo era ella de verdad. Primero había surgido aquel tumulto con Percy, pero Percy, según todas las noticias, ya no volvería a molestar más. Luego aquellos tres hombres, Madison, Jim y Clark, habían querido quedársela para ellos, organizando un verdadero escándalo. Menos mal que habían entrado en razón, poniéndose incluso a sus órdenes para ir a buscar a aquella fierecilla.

Kliment exhaló voluptuosamente una lenta columna de humo.

Las cosas se estaban poniendo bien. No le faltaba nada —según su especial modo de ver la vida— para ser feliz.

Hizo sonar una campanilla y se presentó Rambler, que ante él era como un lacayo más.

—Hola, Rambler.

—Buenas noches, señor Kliment.

—¿Cómo están de animadas las salas?

—Están en su mejor momento, señor Kliment. Creo que en ninguna otra noche del año habían producido tanto dinero las mesas de juego y la barra de bebidas.

—¿Qué hace esa chica, Lorna?

Rambler sonrió maliciosamente.

—Preciosa, señor.

—¿Ha vuelto a ponerse tonta?

—No. Yo diría que más bien está desengañada de todo, y que cualquier cosa le resulta indiferente. Si usted viera sus ojos… Sus ojos no miran a ningún lado, lo cual no impide que esté sencillamente preciosa.

—Tráela.

—Algunas personas de importancia han preguntado ya por ella, señor Kliment.

—¿Y eso qué importa? No me la voy a comer, de modo que habrá para todos. Pero primero quiero verla yo.

—Comprendido, señor.

Rambler fue a salir. Cuando estaba en la puerta, Kliment le detuvo con una suave llamada.

—Rambler…

—Diga, señor.

—Quiero que vengan también los tres hombres que la encontraron.

—¿Se refiere a Jim, Clark y Madison?

—Claro…

—Enseguida los haré venir, señor.

—Quiero pagarles ahora mismo por sus servicios. Esa muchacha, Lorna, tiene que darse cuenta de que más vale estar conmigo que contra mí. Ha de ver por sí misma que yo pago bien a los que me sirven.

—Desde luego, señor.

—De modo que hazlos venir a todos juntos.

Rambler salió, y momentos después entraba Lorna.

Ésta iba envuelta en un ceñido vestido negro que parecía hecho a su medida. A pesar de las fatigas del viaje y del hambre que había pasado voluntariamente durante el mismo, sus curvas pletóricas se marcaban nítidamente bajo la tela. Era tan joven, tan hermosa y tan flexible que ninguna penalidad, por terrible que fuese, influía sobre ella. Kliment se dio cuenta de eso y la repasó con mirada de entendido, desde la cabeza a los pies, pasando por las rotundas caderas. Acaso la mujer mejor formada que él había visto en su vida.

«Y conste que son pocas las mujeres que tienen las caderas bonitas», pensó.

Lorna le desafió con la mirada.

Estaba agotada, vencida, pero sin embargo sus primeras palabras fueron:

—¿Qué quieres, perro?

Kliment sonrió.

—Quiero verte, nena.

—Ya estoy vista.

—Es que yo quiero un tratamiento especial.

—No conseguirá nada de mí.

—Lograré de ti lo que me plazca, muñeca.

—Pruebe.

La muchacha estaba tensa como una espada y contestaba sin vacilar, pero se la adivinaba vencida. No resistiría mucho aquella tensión. Su agresividad era simple resultado de sus últimas fuerzas.

Kliment lo notaba, y exhaló otra bocanada de humo.

Hizo sonar la campanilla.

Rambler apareció de nuevo. Sólo le faltaba mover el rabo para parecer un auténtico perrillo faldero.

—Diga, Señor Kliment.

—Quiero que vengan esos tres hombres.

—Enseguida, señor Kliment.

Rambler desapareció, y al instante, la puerta se abrió de nuevo. Madison, Jim y Clark aparecieron en la estancia.

Causaba una impresión extraña verlos allí, con sus estaturas gigantescas, con sus musculaturas impresionantes, y sin embargo dominados por un hombre que no hacía más que fumar un monumental habano.

Kliment sonrió satisfecho.

Viendo a hombres como aquellos humillarse ante él, era cuando la sensación de poder le llenaba el corazón de júbilo. Cuando se sentía el hombre más poderoso de aquella tierra.

Lorna, por su parte, sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. ¿Pero era posible que tres hombres así fueran tan miserables? ¿Podía el aspecto y los ojos de un hombre engañar tanto, tanto…?

Hundió la cabeza, abatida, sin fuerzas.

Después de ver a aquellos tres hombres allí, sobre todo a Madison, en quien curiosamente aún tenía fe, ya le parecía posible cualquier indignidad del mundo.

Kliment dijo:

—Voy a pagaros lo vuestro, muchachos.

—Eso es lo convenido.

—Y voy a añadir quinientos dólares de propina para cada uno, Percibiréis mil quinientos machacantes por cabeza.

—Estupendo, señor Kliment.

—Acercaos.

Puso la mano derecha en una caja de cuero labrado que tenía

cerca de él y la sacó con un fajo de billetes cuidadosamente atados. Separó cuatro mil quinientos dólares, o sea mil quinientos para cada uno, conforme había prometido.

Lorna estaba roja de vergüenza y de indignación.

¡Y aceptaban la recompensa delante de ella! ¿A qué extremos de degradación podía llegar un hombre?

Madison fue el primero en disponerse a tender la mano.

Y lo hizo, acercándola a Kliment.

Pero en aquella mano brillaba un revólver.

CAPÍTULO XIII

En el primer momento Kliment no comprendió.

La situación le pareció tan absurda que creyó que aquel hombre le estaba gastando una broma pesada.

¿Cómo era posible que se atreviese a…?

Pero se convenció de que aquello no era una broma al leer en los ojos de Madison su propia sentencia de muerte.

Eran unos ojos que habían pasado a ser helados, inhumanos, los ojos de una auténtica máquina de matar. Y la boca que había bajo aquellos ojos le dedicaba una sonrisa burlona capaz de helar los nervios.

—Guárdese su cochino dinero, Kliment —mascullό Madison, con una voz que pareció el chirrido de dos engranajes metálicos—. Ahora ya ha hecho todo lo que tenía que hacer.

Kliment, asombrado, desvió sus ojos hacia Rambler.

Vio que éste estaba asombrado también. Se dio cuenta de que Rambler había sido sorprendido por los sucesos, igual que él mismo.

¡Era como para volverse loco!

Lanzó una ronca maldición e intentó ponerse en pie, seguro todavía de su fuerza, pero Madison le golpeó directamente con el cañón en un ojo. Fue un golpe brutal y bastó para demostrarle que Madison era de los tipos más expeditivos con que se había enfrentado jamás. ¡Ni que lo hubieran educado en una guarida de lobos! Con un grito de dolor, Kliment volvió a caer hacia atrás, sintiendo que el mundo entero empezaba a dar vueltas en torno suyo.

Conservaba el ojo por verdadero milagro, pero el dolor era tan profundo que le llegaba hasta las entrañas.

—Más vale que se esté quieto, Kliment —dijo la voz de Clark,

que había sacado un revólver también, al igual que su compañero Jim—. No sabe lo muchísimo que estamos deseando el dar gusto al gatillo.

Lorna estaba literalmente petrificada.

Su asombro y su alegría eran tan grandes que no podía respirar. Materialmente se estaba ahogando, y entonces fue cuando comprendió realmente que una alegría puede matar con más rapidez que una pena.

—¿Qué es lo que… lo que… lo que he hecho yo? —tartamudeó Kliment, sintiendo que la sangre goteaba por su mejilla abajo.

—Lo que tenía que hacer —insistió Madison.

—Pe… ¿pero qué es eso?

—Usted posee el negocio más indecente, miserable y repulsivo que existe en todo el noroeste, Kliment.

—Yo soy… un honrado comerciante… que proporciona licores y un poco de diversión a la gente…

—¿Quiere que le golpeé en el otro ojo, Kliment?

El solo anuncio de lo que le podía suceder, hizo que el granuja se encogiese como si acabara de ver un escorpión ante sus narices.

—Usted está loco, Madison…

—No tanto como parece.

—Supongo que es cuestión de dinero… ¿Qué es lo que quiere usted? ¿Participar en el negocio? Eso no se lo consentiré nunca, pero en cambio les proporcionaré una cantidad que en su vida han visto reunida… ¡Maldita sea! ¡Puedo darles cien mil dólares esta misma noche! ¡Cien mil dólares en metálico… y ahora! ¡Acepten y lárguense!

—No nos largamos, Kliment.

—Ciento… cincuenta mil.

—No hay trato, Kliment.

—Se han vuelto locos… Están en mi terreno y les destruiré si no aceptan… Aún soy el más fuerte… He dicho ciento cincuenta mil machacantes y lo mantengo, pero no pienso subir… ¡ni un níquel más!

—He dicho que no hay trato, Kliment.

—¡Éste es el atraco más miserable que he visto en mi vida! ¿Qué infiernos pretenden?

—Poca cosa. Una firmita suya.

Kliment palideció como un muerto. Hasta la sangre que le resbalaba mejilla abajo pareció volvérsele amarilla.

—Ya me doy cuenta de lo que quieren, hijos de perra… —balbució—. Pretenden que les ceda el negocio, ¿no? Pues están locos… ¡No lo haré! ¡Y aunque lo hiciese, podría demostrar ante todo el mundo que semejante documento no tiene fuerza legal! ¡Nadie está obligado a respetar lo que firma bajo la amenaza de un revólver!

—Esto sí.

—¡Nunca serán los dueños del «Kiss Saloon»! ¡Nunca!

—Es que está resbalando hace mucho rato, Kliment. Se equivoca con nosotros. No pretendemos ser dueños de nada.

—¿Entonces qui… quiénes son?

Madison introdujo la mano izquierda en uno de los bolsillos de su camisa, sin descuidar ni por un momento el revólver, y extrajo una placa que mostró ante los ojos atónitos de Kliment.

—Mis compañeros tienen otras iguales —declaró.

—Entonces son… ¡son agentes federales!

—Justo, Kliment. Ahora ha empezado a no resbalar.

La increíble verdad penetraba muy poco a poco en el cerebro de Kliment. Hasta entonces nadie se había atrevido a penetrar en su reino prohibido, y lo mismo los *sheriffs* que los alguaciles le respetaban. Incluso los federales se habían abstenido de intervenir, sabiendo que él contaba con el apoyo del gobernador. ¡Infiernos! Y ahora aquellos tres tipos estaban ante él, mostrándole sus placas. ¿Qué pretendían? ¿Es que acaso suponían que iban a salir vivos de la habitación?

Pero Kliment aún intentó contemporizar. Tenía en sus manos muchos recursos todavía.

—Veamos… —dijo, intentando sonreír—. Se han metido en un mal paso, amigos. Es absurdo lo que pretenden. Mi negocio cuenta con todos los permisos y está establecido legalmente.

—¡Oh, por supuesto que sí! Pero eso no sirve de nada ante las actividades que se desarrollan en él, Kliment.

—Puede que haya alguna irregularidad en lo que yo hago, claro… —rió forzadamente el dueño—. Pero no les ocultaré que tengo excelente amistad con el gobernador, pichones.

—También lo sabemos.

—Y que al juez le pago un segundo sueldo.

—Lo hemos imaginado desde el principio.

—Entonces, aun suponiendo que hubiera algo de irregular en mis negocios, ¿cómo intentan probarlo?

Madison volvió un momento, sólo un momento, la cabeza.

Dijo sencillamente:

—Clark…

Clark abrió la puerta y por ella penetró un hombrecillo mal vestido, arrugado, casi ridículo, pero en cuyos ojos latía algo así como una inextinguible fe.

Rambler lo reconoció al instante.

¡Era el tipejo ridículo, encargado de la limpieza, al cual expulsó a puntapiés la noche antes!

Y ahora, ante su gesto de asombro, dijo Madison:

—Les presento al juez Everett. Él ha sido nombrado especialmente para reunir pruebas acerca de este asunto, pero las pruebas se las teníamos que proporcionar nosotros. Ya lo estamos haciendo.

—¿Qué… qué clase de pruebas?

Ahora Madison le dirigió una sonrisa cruel, helada y sarcástica.

—¿Le parece poco, estúpido amigo mío? Ustedes nos encargaron raptar a una muchacha, y nos ofrecieron una recompensa por ello, recompensa que aún está en sus cochinas manos, Kliment. Todo este trato se hizo ante los ojos y las narices de Everett, que entonces ya fingía ser uno de los que se ocupaban en la limpieza de este inmundo local, y a cuya presencia no dieron importancia. Pero eso solo aún no bastaba.

Dio un suave empujoncito con el punto de mira a la cara de Kliment, que intentaba levantarse, y le abrió la mejilla de arriba abajo. El alarido de dolor de Kliment debió escucharse en el edificio entero, pero nadie acudió, y si hubiera venido peor para él, porque Jim y Clark estaban con las armas bien dispuestas. Luego Madison continuó inexorablemente:

—Eso no bastaba, repito. Por lo tanto, trajimos a la muchacha, fingiendo en todo ser unos perfectos canallas, tal y como se nos había ordenado. Usted la ha hecho vestir como para una fiesta. La ha hecho adornar de tal modo que a nadie puede caberle la menor duda acerca de lo que va a suceder con ella. Hemos tenido

paciencia hasta el fin, hasta que el negocio ha quedado concluido del todo, Kliment, pero ahora ha llegado la hora de pasar cuentas. El juez Everett tiene pruebas más que suficientes para enviar a la horca a toda esta miserable pandilla. ¿Es así o no, juez?

—Por descontado que sí —dijo el hombrecillo—. Y haré que sean condenados por un jurado especial en el mismísimo Washington.

Kliment estaba boquiabierto.

Miró a Rambler, como pidiéndole ayuda, y se dio cuenta de que éste estaba tan asustado y tan lleno de pasmo como él mismo.

Habían sido cazados en la trampa.

Aquellos federales habían demostrado ser más listos que todos los hombres que les precedieron. Eran de esos tipos que no dan jamás un paso en falso, y que cuando se deciden a emplear el revólver, lo hacen para matar.

Kliment sentía que le cegaba la rabia.

Hubiera querido saltar sobre sus enemigos, pero le bastaba pestañear para que aquel revólver se acercara peligrosamente a su rostro. Un poco más y aquel salvaje de Madison era capaz de dejarle sin la otra mejilla.

Madison guardó su placa y extrajo del mismo bolsillo un papel bien doblado.

—Aquí está su confesión, Kliment.

—Yo no he confesado nada.

—Precisamente para ahorrarle ese trabajo me he molestado en escribir la confesión yo mismo. No tiene más que firmarla.

—¿Es que no tiene bastante con lo que el juez Everett ha visto?

—Será más sencillo con su confesión, Kliment. Así ahorraremos trabajo al jurado… y al verdugo.

—¡No firmaré!

—Puedo acariciarle otra vez con el punto de mira, Kliment. Me da una pena enorme destrozarle su delicada carota, pero lo haré si me obliga. Seguro que lo haré.

Aquella voz no admitía dudas. Era la de un hombre decidido a cumplir su palabra.

Rambler intentó moverse, pero Clark lo dejó quieto de un salvaje golpe de culata en la nuca.

Madison miró en ese momento a Lorna, que estaba boquiabierta

aún, como si acabara de presenciar la escena más increíble del mundo. Y, a decir verdad, para ella lo era.

Acababa de descubrir la verdad, y esa verdad la llenaba de una alegría que no podía expresar con palabras. De pronto las miradas de Madison, sus extrañas atenciones para con ella mientras el viaje duró, adquirían todo su significado. ¡De repente era como si volviese a vivir! ¡Como si una pesadilla horrenda hubiese terminado!

Pero durante aquellos brevísimos segundos, Madison había descuidado la vigilancia, y Kliment decidió aprovechar a la desesperada aquella oportunidad.

Se lanzó hacia adelante, de golpe, mientras la puerta de la habitación se abría violentamente, empujada desde fuera.

Y entonces se desencadenaron todas las furias del infierno.

CAPÍTULO XIV

El grito de dolor de Kliment había sido oído por uno de los centinelas situados en el exterior de la casa. Y lo primero que hizo aquel hombre no fue intervenir, sino buscar refuerzos.

Eran siete los hombres que de repente irrumpieron en la sala, pensando atrapar desprevenidos a los tres federales.

Todos llevaban sus armas en las manos e hicieron fuego a mansalva, incluso exponiéndose a liquidar a sus propios jefes. Pero el huracán de plomo que desataron dentro de la habitación sólo sirvió para dejarla sin cristales y para enviar al suelo la gran lámpara que colgaba del techo, provocando enseguida un incendio.

Kliment se dio cuenta de que tenía que aprovechar aquella ocasión o moriría sin remedio.

Saltó hacia una de las ventanas, aullando, y se llevó por delante los pocos cristales que aún quedaban.

Rambler tuvo un pensamiento semejante.

Ya que no podía llegar hasta las ventanas, porque se lo impedía el cuerpo de Jim, se lanzó de cabeza hacia una puerta lateral, la cual derrumbó con su peso.

Los tres federales se dieron cuenta de que sus enemigos se les escapaban, pero se percataron también de que la situación había cambiado por completo.

Ahora tenían que defender sus pellejos o no saldrían vivos de allí. Tenían que luchar… ¡y lo hicieron!

Sus revólveres vomitaron plomo en dirección a la puerta donde se apelotonaban sus enemigos.

Jim, Clark y Madison eran tiradores infalibles, y más a aquella distancia. Resultaban también infinitamente más rápidos que sus enemigos, los cuales habían atacado atolondradamente.

En menos de seis segundos los seis hombres yacían en el suelo, taponando materialmente el umbral de la puerta con sus cuerpos ensangrentados. Ninguno de ellos había tenido tiempo para disparar más de una vez.

El juez Everett se había pegado a un costado de la puerta y miraba todo aquello con expresión de horror. La verdad era que él había creído que la detención podría lograrse sin demasiadas violencias, y ahora se daba cuenta de que acababa de empezar una auténtica batalla.

Y lo peor no era eso. Lo peor fue que, al mirar las caras de los tres federales, se dio cuenta de una cosa.

¡Los tres se lo estaban pasando en grande! ¡Aquellos tres bestias se estaban divirtiendo!

Madison gritó:

—Bueno, muchachos… ¡A ellos!

El incendio, a causa del petróleo esparcido, se estaba adueñando ya de todo el suelo de la habitación. Madison dio un empujón a la asustada Lorna, para situarla junto a una de las ventanas, y gritó:

—¡Salta y quédate oculta cerca de la casa! ¡No salgas de ningún modo hasta que nosotros te llamemos!

—Madison… ¡los tres vais a morir!

Su voz vibraba de angustia. Madison distendió los labios en una suave sonrisa que era en cierto modo de pena y en cierta parte de burla. Ninguna mujer, desde que murió su madre, se había preocupado jamás por él. Ahora ésta gritaba de angustia al verle en peligro, ¿pero de qué serviría eso? ¿No era ya demasiado tarde para que una mujer se fijara en él?

—No te preocupes por nosotros, muchacha. Saldremos de ésta.

—¡Huye! ¡Yo conozco una salida! ¡Huid de aquí o moriréis!

—Ya es tarde, Lorna. Además, no pensamos dejarnos acorralar. ¡Seremos nosotros los primeros en atacar a esos buitres!

Dicho y hecho.

Como si ellos fueran un auténtico regimiento, tomaron la iniciativa desde el primer instante. Había que impedir que sus enemigos se organizasen; había que darles la sensación de que eran muchos hombres a la vez quienes les atacaban.

Vieron que la puerta por dónde acababa de pasar Rambler daba a un pasillo superior, con baranda, el cual estaba situado encima de

una de las grandes salas de juego.

Allí reinaba ahora un tremendo bullicio, porque los jugadores acababan de oír los disparos y no sabían qué hacer. Ninguno de ellos estaba enterado de lo que ocurría.

¡Pero aquello era sólo el principio!

Madison salió al pasillo y una bala le arrancó cabellos de la cabeza.

Su enemigo, Rambler, había conseguido un revólver. Acababa de disparar rabiosamente desde la derecha del pasillo, apenas a diez yardas. ¡E iba a hacer fuego otra vez!

Madison sólo tenía una salida.

Saltó la baranda… ¡y se dejó caer al piso inferior, sobre las mesas de juego, entre un griterío estruendoso de los que estaban abajo!

Mientras caía, su enemigo disparó otra vez.

La bala se llevó la chistera de uno de los jugadores. Éste se puso a lanzar alaridos, mientras una cantidad increíble de cartas marcadas empezaban a caer de sus mangas.

El peso de Madison hundió la mesa sobre la que éste acababa de caer. Saltaron astillas por todas partes, y la turbamulta que se organizó fue la más grande que se había visto en el «Kiss Saloon». Dio la sensación de que la sala entera iba a hundirse.

Rambler, arriba, en el pasillo corrido, cometió la imprudencia de ponerse en pie.

Madison hizo fuego.

No logró alcanzar de lleno a su enemigo, porque se encontraba en una situación muy precaria, medio tumbado en el suelo y apoyado solamente en un codo. Pero vio girar a Rambler sobre sí mismo y soltar el revólver, mientras se llevaba al brazo derecho la mano del otro lado.

Madison disparó otra vez. Y hubiera alcanzado definitivamente a su enemigo si éste, a causa del dolor de la herida, no hubiera hecho algo completamente inesperado: caer desde el piso corrido hacia abajo, a la sala, mientras lanzaba un grito.

La nueva bala de Madison se perdió esta vez en el techo. Rambler se confundió entre la turbamulta de personas enloquecidas que corrían en todas direcciones.

El federal ahogó un grito de rabia.

A pesar de que la mayoría de los que estaban en la sala eran unos granujas, no podía tirar a mansalva sobre ellos, buscando con sus balas a Rambler. Y, en cambio, si Rambler lograba poner sobre aviso al resto de los pistoleros que guarecían el «Kiss Saloon», los tres federales podrían considerarse perdidos. ¡Nunca saldrían de allí!

Fallada la sorpresa, nada conseguirían. Y lo imprevisto estaba surgiendo más y más a cada segundo que pasaba.

Pero a Madison no le quedaba tiempo para pensar.

Vio que un gigante de piel bronceada se lanzaba hacia él empuñando un cuchillo. Era uno de los encargados de guardar el orden en la sala, y lanzó un auténtico rugido al creer que había atrapado desprevenido al federal. Pero Madison no lo estaba.

Con un salto de costado esquivó la primera cuchillada, y luego golpeó con el cañón del revólver en la sien de su enemigo. Éste se tambaleó, sintiendo por unos instantes que el dolor le cegaba. Madison alzó la mano izquierda y se la dejó caer de canto sobre la nuca. El gigante se desplomó hacia el suelo sin un gemido, con las vértebras cervicales rotas. Cuando tocó las tablas del suelo, ya estaba muerto.

Madison era un maestro aplicando aquel golpe mortal, que, sin embargo, sólo tenía efectos fatales cuando se aplicaba en el lugar justo. Algunos hombres excepcionalmente fuertes resistían aquellos impactos, pero eran los menos.

Miró en torno suyo.

No se veía ni rastro de sus compañeros, los cuales debían estar buscando a Kliment. Por lo visto le habían dejado a él entendérselas con Rambler, pero aquel trabajo, que parecía fácil, iba a resultar un fracaso.

¡Rambler se escabullía!

Madison corrió hacia una de las puertas de salida, creyendo haber visto al fugitivo, pero en ese momento dos pistoleros se interpusieron ante él. Llevaban las manos sobre las fundas.

Madison los conocía. Eran Slik y Potter. Habían corrido lo más sucio del Oeste hasta llegar allí.

Los tres movieron sus armas a la vez.

Madison saltó de costado, como si le hubieran alcanzado antes de disparar. Mientras volaba, tiró dos veces. Slik y Potter se

movieron simultáneamente, como si hubieran sido alcanzados por un mismo proyectil.

Uno cayó de rodillas, y el otro siguió en pie durante unos segundos. Intentó disparar y no pudo… ¡los dedos se negaban a obedecerle!

Con una misma mueca en sus facciones contraídas, los dos hombres cayeron sobre las tablas. Madison no necesitó mirarlos para darse cuenta de que estaban muertos.

Pero se sentía desorientado.

No conocía bien todo aquello, e ignoraba en qué lugar podían haberse ocultado Rambler y Kliment.

Mientras reflexionaba febrilmente, recargó sus armas. El tumulto en torno suyo era espantoso, y se dio cuenta de que nadie se fijaba especialmente en él. El incendio del edificio, por otra parte, había empezado a adquirir grandes proporciones.

¡Mientras no alcanzase a Lorna!

Alzó la cabeza y vio unas escaleras que subían hacia el piso superior, dando también a un pasillo en el que se abrían una buena cantidad de puertas.

Madison sabía muy bien lo que había tras ellas, y eso hizo aumentar su odio. Su fría decisión de acabar con Rambler y con Kliment costase lo que costase.

¿Pero dónde se habrían ocultado? ¿Cómo podía conseguir que no huyeran para siempre?

La frontera del Canadá estaba apenas a diez millas, circunstancia que los dos granujas habían tenido muy en cuenta al establecerse allí. Diez millas cubiertas de bosques donde resultaba imposible perseguir a un fugitivo. A Rambler y a Kliment sólo les hacía falta salir del edificio y avanzar unos centenares de yardas, aunque fuese a pie, para poder considerarse a salvo.

Y eso era lo que harían. ¿Pero cómo impedirlo? De pronto Madison tuvo una idea.

Subiría al tejado, y desde allí dominaría una amplia perspectiva. Permanecer en la planta baja, como hasta ahora, equivalía a quedarse a ciegas.

Subió, pues, las escaleras que llevaban a las habitaciones silenciosas y cerradas.

Dio un brutal puntapié a una de las puertas y cayó casi sobre un

tipo delgaducho y pálido que le miraba con cara de horror.

«El hijo de un ranchero con demasiados dólares, pensó. Un fulano que empieza a divertirse».

Le abrió la cabeza de un culatazo, sólo para que se acordase mientras viviera, y se acercó a la ventana de la habitación, desde la cual suponía que sería fácil llegar hasta el tejado.

La abrió.

Una fría sensación de muerte le recorrió la espalda.

Alguien había ido tras él, silenciosamente, y ahora creía tenerlo acorralado. Era un tipo delgado, sinuoso, que se movía con el silencio de una serpiente.

Madison se pegó a la ventana, sintiendo un calambre a causa de la terrible velocidad de su gesto. Y disparó tres veces a través de la funda, mientras su nuevo enemigo alzaba el revólver.

El tipo delgado no llegó a disparar.

Las tres balas le alcanzaron en la cabeza, y ésta desapareció materialmente. Se oyó un angustioso grito de mujer al fondo de la habitación, el grito de una mujer que estaba dominada por el miedo. Pero Madison no podía perder tiempo en mirarla.

Separó la mano del revólver derecho —que ya empezaba a arder después de tantos disparos seguidos— y salió por la ventana.

El tejado estaba al alcance de sus manos.

Se colgó del alero, hizo flexión con los brazos y consiguió encaramarse. Un momento después estaba en pie sobre él, mirando en torno suyo como un centinela desde una torre de vigilancia.

El edificio sobre el cual se encontraba, que era el más importante de todos, empezaba ya a arder en toda su parte norte. Las llamas prendían en la techumbre.

Mucha gente —hombres y mujeres— salía alocadamente por las puertas, corriendo en todas direcciones. Algunos saltaban por las ventanas. Madison sintió que se le encogía el corazón al pensar en Lorna.

¿Habría caído quizá en manos de Kliment? ¿O tal vez no habría sabido huir a tiempo de las llamas?

Él le había dicho que no se apartara demasiado del edificio, lo cual —ahora se daba cuenta— había sido una imprudencia.

De pronto le pareció ver a Rambler.

Las llamas le permitieron distinguir a aquel hombre que se había

pegado al lomo de un caballo y trataba de pasar desapercibido. Era el único que, entre aquella turbamulta de gente alocada, conservaba la serenidad. Por sus ropas, a Madison le pareció que se trataba de Rambler.

Corrió hacia el otro borde del tejado.

Vio que el caballo con su camuflado jinete iba a pasar debajo, en dirección a los bosques.

Madison contrajo los músculos, mientras calculaba las distancias, ¡y saltó!

En aquel momento sonó un disparo.

CAPÍTULO XV

Kliment estaba parapetado en las cuadras junto con cuatro de sus hombres más fieles. Fue él quien vio a Madison en el tejado, al resplandor de las llamas.

Disparó al verle saltar, pero una décima de segundo demasiado tarde. La bala pasó a media pulgada de la cabeza del federal, quien ya estaba materialmente en el aire.

Kliment lanzó una sorda maldición al ver lo que ocurría.

Madison acababa de caer sobre el caballo que transportaba a Rambler, haciéndolo rodar por el suelo. El golpe que Madison debió recibir para hacer caer incluso a un caballo debió ser terrible, pero el federal lo resistió e incluso fue el primero en ponerse en pie.

Rambler, aunque tenía herido el brazo derecho, conservaba el cuchillo en la mano izquierda.

Era un temible luchador con arma blanca, y ahora la desesperación aumentaba sus fuerzas. Su grito salvaje fue en realidad un alarido de triunfo, al ver que Madison estaba desprevenido ante él.

La cuchillada iba dirigida directamente al corazón del federal, quien se lanzó a tierra.

Sin que él lo supiera, fue eso lo que le salvó la vida. Porque Kliment había disparado otra vez, creyendo que ahora lo alcanzaría.

Rambler se arrojó sobre él, y Madison dio una vuelta sobre sí mismo. El cuchillo se clavó hasta las cachas en la tierra húmeda.

Los dos hombres rodaron abrazados, mientras Kliment ahogaba una nueva maldición.

—¡Así no lo alcanzaré nunca! ¡Ese imbécil de Rambler debía haberse dado cuenta de que estoy aquí!

—Nadie se da cuenta de nada —dijo torvamente uno de sus

hombres—. Y lo que deberíamos hacer es huir.

—¿Huir? ¿Huir sólo porque tres tipos nos ataquen?

—¿Es que son sólo tres?

—Solo.

—Pues han hecho bastante trabajo en el rato que llevan aquí, infiernos. ¿Y dónde están los otros dos?

—No lo sé. Eso es lo peor… No puedo comprender por dónde andan metidos esos buitres…

Poco podía imaginar Kliment que Jim y Clark, actuando siempre juntos, estaban en el edificio destinado a oficinas y dormitorio de los hombres que trabajaban en aquel antro. Allí habían realizado un eficaz trabajo.

Sólo al entrar en los dormitorios, vieron a varios tipos que habían ido allí a buscar sus armas. Como intentaron hacer uso de ellas, a Jim y a Clark no les quedó más remedio que disparar.

Y lo hicieron a modo.

Los seis hombres que se habían refugiado en los dormitorios cayeron en las más variadas posturas, sin haber tenido tiempo de emplear sus revólveres con eficacia.

Luego pasaron a la oficina.

Allí no había nadie, y el trabajo resultó muy fácil para ellos.

Jim salió hasta la puerta y lanzó un peculiar silbido. Inmediatamente un hombrecillo vino trotando sobre sus cortas piernas. Se trataba del juez Everett.

—Están haciendo una auténtica carnicería, muchachos. Si no llego a estar aquí no lo creo.

—Sólo disparamos contra los que llevan armas en la mano, juez.

—Pues, por lo visto, todo el mundo las lleva…

—Todos intentan salvar su piel sea como fuere, y por eso es necesario tirar a matar. La mayoría de esos fulanos saben que les caerá encima una buena condena si son apresados. Pero ahora el que debe trabajar es usted, juez. Ahí dentro están todos los libros de negocio de Kliment; es necesario que se apodere de ellos.

—No precisamente para ir contra ellos —dijo Clark—, porque estoy seguro de que Kliment y Rambler morirán o moriremos nosotros. Pero esas pruebas servirán, en cambio, para el gobernador del territorio. O yo soy tuerto o él tiene que llegar a saber cómo se encuentra uno después de veinte años de cárcel.

El juez Everett arrugó sus párpados mientras miraba los libros amontonados sobre las mesas.

No tenía tiempo de revisarlos ahora, pero sin duda había allí pruebas para condenar a cuatro gobernadores. En cuanto pudiera llevarlos a Washington, el escándalo sería sensacional.

Cargó con ellos y salió a toda velocidad, decidido a ocultarlos de momento en lugar seguro. Mientras tanto Jim y Clark, convencidos de que en el edificio ya no quedaba nadie con vida, se dedicaban a incendiarlo alegremente.

Ahora ya eran dos los locales que ardían. Las llamas iluminaban la noche con sus trágicos reflejos, formando una gigantesca antorcha que debía verse desde el otro lado de la frontera.

Mientras tanto, Rambler y Madison rodaban por tierra a muy poca distancia del lugar donde se parapetaba Kliment.

Madison sabía que su enemigo era un temible adversario con el cuchillo, pero aun así no quiso emplear los revólveres.

Liquidaría a Rambler con su propia arma. En cierto modo aquello resultaba divertido para él.

Sujetó con una mano la derecha de su enemigo y enseguida hizo puente con el cuerpo, tensándolo violentamente. Rambler saltó como si lo hubieran disparado con una catapulta.

Pero Madison no lo había soltado, y por eso el vuelo de Rambler quedó cortado violentamente.

Lanzó un gruñido mientras intentaba zafarse de la presa de su adversario.

Sabía que, a la media distancia, resultaría invencible con el cuchillo, pero no veía modo de colocar sus golpes a un enemigo que no le soltaba y que se pegaba materialmente a él, no dejándole moverse.

Intentó ponerse en pie.

Madison le dejó hacerlo, y durante los primeros momentos él permaneció en el suelo, aunque sin soltar la mano de su enemigo. Cuando éste se hallaba en un equilibrio de lo más inestable, ya a punto de ponerse en pie, tiró de él y lo hizo caer estrepitosamente a tierra.

Rambler tragó una bocanada de polvo, y entonces una frenética desesperación se apoderó de él.

Las llamas formaban en torno suyo como una decoración

infernal. El sabor de la muerte penetró hasta su garganta. Se daba cuenta de que aquello era el fin, y eso centuplicó sus fuerzas.

Logró propinar un puntapié a la derecha de Madison, y éste, cegado momentáneamente por el dolor, tuvo que soltarle.

De la garganta de Rambler escapó un grito de triunfo.

Ahora vio la posibilidad de vencer. Medio en pie como estaba, se lanzó hacia adelante moviendo el cuchillo en zigzag. En el primer instante Madison pareció desorientado.

Pero quizá era aquello lo que esperaba. Quizá quería, después de todo, que su enemigo se lanzase a fondo.

Esquivó la primera cuchillada, haciendo que la hoja de acero pasara solo a unas décimas de pulgada de su camisa.

Entonces fue cuando pudo sujetar el brazo derecho de su enemigo, aferrándolo con una presa de las que no perdonan. Una leve torsión, y el codo de Rambler se partió en dos pedazos.

Su alarido de dolor se escuchó en todo el inmenso recinto. El cuchillo cayó a tierra.

Madison no dejó que su enemigo sufriera.

A pesar de que Rambler aún podía defenderse en cierto modo, para él fue fácil exterminarlo de una cuchillada al corazón, empleando la propia arma del esbirro.

Luego miró en torno suyo.

No sabía dónde estaban sus amigos, pero evidentemente debían estar trabajando con eficacia.

Acostumbrados a actuar en grupo, no dejarían ni un rincón por investigar ni un enemigo con vida.

Mientras pensaba esto, Madison no se dio cuenta de que se colocaba en el campo de tiro del rifle de Kliment.

Éste acarició el gatillo con deleite, mientras apuntaba cuidadosamente. El tiro no podía fallar.

Gritó:

—¡Ahora…!

En ese momento una sombra surgió de la penumbra para saltar sobre Madison, moviéndose con la velocidad de una gacela. Mientras disparaba, Kliment se dio cuenta de que era una mujer, y ahogó un grito de rabia.

Madison había caído al suelo. La bala pasó cerca de él, picoteando la tierra a muy poca distancia.

Lorna, que era quien había salvado a Madison, gritó:

—¡Están ahí…! Ahí…

—Gracias, muchacha.

Los revólveres de Madison vomitaron plomo en dirección a la ventana.

Se dio cuenta de que había alcanzado al menos a un enemigo porque vio movimiento en la penumbra. Decidido a aprovechar la ventaja inicial, corrió hacia allí sin dejar de disparar un momento.

Dos balas siluetearon su figura, pero sus enemigos estaban demasiado nerviosos. Por otra parte, alguien más estaba disparando también contra aquella ventana, empleando eficazmente el rifle de un caído. ¡Era Lorna! ¡Con diabólica puntería, ésta apoyaba el avance de Madison!

Éste llegó junto a la ventana.

Vio a dos hombres muertos casi apoyados aún en el alféizar, pero otros tres corrían hacia el fondo de la habitación. Por sus ropas, Madison se dio cuenta de que uno de ellos era Kliment.

Disparó contra él, pero supo enseguida que no había logrado alcanzarle. Su enemigo se perdió tras un recodo.

Inmediatamente Madison saltó sobre el alféizar y pasó al interior. Todo estaba oscuro, pero podía ver parcialmente a causa de las llamas de los incendios. Siguió por un pasillo, al final del cual se abría una puerta que daba al campo.

Aquel pasillo estaba envuelto en tinieblas, pues hasta él no llegaba el resplandor del incendio. Avanzar por él daba una extraña sensación de irrealidad, de pesadilla.

Madison no se dio cuenta de que alguien se había quedado pegado a una pared de aquel pasillo.

Cuando él había pasado, aquella figura levantó el revólver ya amartillado y dispuesto para tirar.

Una sonrisa diabólica torcía las facciones de Kliment. Ahora estaba seguro de no fallar el tiro.

Pero en aquel momento alguien disparó contra él desde el fondo del pasillo. Fue un disparo de rifle que no le alcanzó, pero que le hizo bailar sobre sus pies como si le hubiera recorrido un calambre. En aquel instante Madison se volvió vertiginosamente.

Vio de un modo impreciso, al fondo, la figura de Lorna con un rifle en las manos, y a su derecha un bulto negro que se despegaba

un poco de la pared. Mientras disparaba gritó:

—¡Gracias, muchacha!

Kliment, alcanzado en la cabeza, resbaló lentamente hasta el suelo, mientras el revólver caía de entre sus dedos.

Madison se dio cuenta de que había llegado hasta el fin. De que su trabajo estaba concluido.

Arrojó el revólver al suelo y avanzó hacia Lorna. Ésta también dejó caer el rifle y se precipitó en sus brazos, llorando como una niña.

EPÍLOGO

—¡Nosotros volveremos a Washington! —declaró Jim, mientras contemplaba a la luz del día, desde la colina, los restos del «Kiss Saloon» reducidos a cenizas—. Alguien tiene que acompañar al juez Everett para dar cuenta a las autoridades federales de lo que ha ocurrido y para servir de testigo contra el gobernador del territorio. Clark y yo lo haremos, porque tú, Madison, vas a tener mucho trabajo.

Madison sonrió.

A pesar del cansancio y de la noche infernal que acababan de pasar, sus facciones tenían ahora la juventud y el optimismo de las de un muchacho.

Apretó la mano de Lorna que, montada junto a él, sonreía también.

—Sí —murmuró—. Vamos a tener muchísimo trabajo.

—Personalmente te envidio —dijo Clark—. Jim y yo tendremos que empezar a pensar en lo mismo que piensas tú.

—¿En casaros?

—Con una mujer como Lorna vale la pena —afirmó Jim por su parte.

—Lástima que Lorna no tenga dos hermanas gemelas.

—Mejor que no las tenga. Si los tres nos llegamos a casar con ellas… ¡menudo lío!

Rieron alegremente, mientras el juez Everett, montado en un caballo siete veces más alto que él, hacía gestos de impaciencia.

—Lo primero que he hecho ha sido declarar la nulidad del antiguo matrimonio de Lorna —dijo—. Así ni siquiera es viuda, sino soltera, lo cual, ¡qué diablos!, siempre hace más bonito. Pero ahora no me entretengáis más. Tengo prisa por presentarme en el

Capitolio.

—De acuerdo —dijo Madison—. No entretengamos más al juez. Hasta pronto, amigos… ¡Hasta que desde Washington se decidan a encargarnos otra faena como ésta!

—Pero sin mujeres de por medio —advirtió Lorna.

Todos volvieron a reír otra vez. Jim preguntó:

—¿Dónde vais a pasar la luna de miel?

—En el hotel de Johnson, y además llegaremos una noche de niebla. ¡Menudo susto se va a pegar cuando nos vea el tío!

Y, riendo aún, se alejaron velozmente.

FIN